

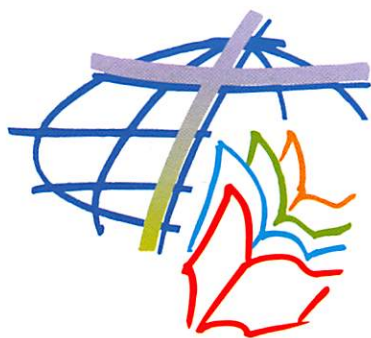
DEI VERBUM

Federación Bíblica Católica

BOLETÍN

**40° aniversario de la
Dei Verbum**

Congreso Internacional
«La Sagrada Escritura en la
vida de la Iglesia»



Nº 76/77
3-4/2005

Edición española

ISSN 1729-3057



El *BOLETÍN DEI VERBUM* aparece cada trimestre en español, alemán, francés e inglés.

Editores responsables

Alexander M. Schweitzer
Claudio Ettl

Secretaria de redacción

Dorothee Knabe

Producción y composición

bm-projekte, 70771 Leinf.-Echterdingen

La suscripción por un año cuenta a partir del mes en que se inicie y comprende cuatro números. Sírvase indicar la lengua en la que desea recibir el *BOLETÍN*.

Precio de suscripción

- Suscripción ordinaria: US\$ 20 / € 20
- Suscripción de estudiantes: US\$ 14 / € 14
- Suscripción de apoyo: US\$ 34 / € 34
- Suscripción para países del Tercer Mundo: US\$ 14 / € 14

Envío por vía aérea: US\$ 7 / € 7 adicionales

Les invitamos a hacer una suscripción de apoyo que nos ayude a subsidiar los altos costos del *BOLETÍN*.

Para los miembros de la Federación, el precio de suscripción está incluido en la cuota anual.

Cuenta bancaria

Secretaría General de la Federación
(dirección indicada)
LIGA Bank, Stuttgart
Cuenta no: 64 59 820
Clave bancaria 750 903 00
IBAN-No. DE 28 7509 0300 0006 4598 20
BIC GENODEF1M05
Otra posibilidad: por cheque a la Secretaría General. Aceptamos también pago con tarjeta de crédito (VISA, MasterCard).

Reproducción de artículos

Recomendamos a los miembros de la Federación Bíblica Católica reproducir los artículos en sus revistas, indicando la fuente, si no está indicado expresamente lo contrario.

Las opiniones expresadas en los artículos son las de sus autores y no necesariamente las de la Federación en cuanto tal.

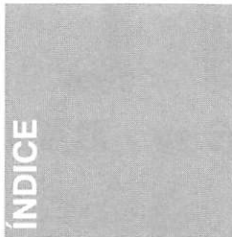


FEDERACIÓN BÍBLICA CATÓLICA

Secretaría General
Postfach 10 52 22
70045 Stuttgart
Alemania

Tel.: +49-711-1 69 24-0
Fax: +49-711-1 69 24-24
E-mail: bdv@c-b-f.org
www.febic.org

La Federación Bíblica Católica (FEBIC) es una "organización católica internacional de carácter público" según el Derecho Canónico (CIC, can. 312, §1, n.1).



Congreso Internacional Dei Verbum 2005

Informe

4

Audiencia privada con el Papa Benedicto XVI

Discurso del Santo Padre

5

Ceremonia de apertura

La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia

Saludo del Presidente de la FEBIC

Obispo Vincenzo Paglia

6

«Ut Dei Verbum currat»

Apertura de la exposición por el Secretario General de la FEBIC

Alexander M. Schweitzer

11

Ponencias principales

«Dei Verbum audiens et proclamans»

La Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum*

Cardenal Walter Kasper

14

De *Dei Verbum* a *Novo Millennio Ineunte*

El proceso de recepción de *Dei Verbum*

Arzobispo John Onaiyekan

24

La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia

La animación bíblica de toda la pastoral

Cardenal Carlo M. Martini

33

Más textos e informaciones sobre el congreso se encuentran en el sitio de internet

www.deiverbum2005.org

**Queridos lectores y lectoras:**

Uno de los logros más importantes del Concilio Vaticano II (1962-1965) es la manera renovada en que ha despertado en las conciencias la importancia fundamental de la Biblia para la Iglesia y el mundo. Uno de los últimos documentos conciliares ha tenido un papel decisivo. Se trata de la Constitución sobre

la Divina Revelación *Dei Verbum*, cuya preparación requirió varios años, promulgada el 18 de noviembre de 1965. Es un texto que, como afirma el Cardenal Walter Kasper, Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, «ha producido una mayor conciencia de la importancia de la Sagrada Escritura, promovido la pastoral bíblica y dado nuevo ímpetu a la investigación científica de la Biblia».

Al mismo tiempo, *Dei Verbum* ha sido el documento fundacional y, hasta nuestros días, la «carta magna» de la Federación Bíblica Católica, pues ésta fue fundada después del Concilio por el Papa Pablo VI para que cumpliera con el mandato conciliar de facilitar al mayor número posible de personas el acceso comprensible y vital a la Sagrada Escritura (cf. *DV* 22).

Durante la VI Asamblea Plenaria de la FEBIC, reunida en Líbano en 2002, surgió la idea de celebrar el 40° aniversario de la *Dei Verbum* con un congreso internacional. Por ello, la FEBIC y el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, al cual desde su nacimiento está afiliada la Federación, han organizado conjuntamente el Congreso Internacional de Roma, realizado del 14 al 18 de septiembre de 2005 bajo el lema «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia», que procede literalmente del capítulo 6 de la Constitución sobre la Divina Revelación.

De los alrededor de 450 participantes, más de 160 eran representantes de las instituciones miembros de la FEBIC. También muchos de los ponentes, además de numerosos moderadores de las sesiones, provenían de sus filas. De esta manera, el congreso fue no sólo un acontecimiento para volver a señalar el papel decisivo

de la Escritura para la Iglesia, sino también una ocasión para impulsar con mayor vigor el trabajo concreto y los planteamientos de la Federación Bíblica Católica.

Este número del *Boletín Dei Verbum* que Uds. tienen entre manos contiene algunos textos importantes del congreso, como los discursos inaugurales, el mensaje que el Papa Benedicto XVI pronunció en la audiencia privada de Castelgandolfo y también las tres ponencias principales que han acompañado las tres jornadas de encuentros. En los próximos números se publicarán otras contribuciones aportadas por los grupos de trabajo y las sesiones plenarias. En el sitio de internet www.deiverbum2005.org se pueden consultar informaciones sobre el congreso y demás textos.

La Iglesia «es una comunidad que escucha y anuncia la Palabra de Dios. La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio y es del Evangelio de donde, siempre y de manera nueva, saca orientaciones para su camino». Con estas palabras, el Papa Benedicto XVI ha delineado el papel central de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia.

La revelación divina, con su mensaje gozoso de salvación para todos los seres humanos, es el único criterio de nuestro comportamiento personal como cristianos y también del comportamiento de la Iglesia toda. Es éste el Evangelio hacia el que dirigimos nuestras miradas y con el que debemos confrontarnos. «Como la lluvia y la nieve caen del cielo, y sólo regresan allí después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al que siembra y pan al que come, así será la Palabra que sale de mi boca: no regresará a mí vacía, sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo» (Is 55,10 s.).

Les deseo una lectura enriquecedora y saludo cordialmente desde la Secretaría General.

Claudio Etti



«La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia: 40° aniversario de la *Dei Verbum*» Congreso Internacional de Roma

En conmemoración del 40° aniversario de la promulgación de la Constitución Conciliar *Dei Verbum*, la Federación Bíblica Católica ha organizado un congreso internacional en colaboración con el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. El congreso se celebró en Roma del 14 al 18 de septiembre de 2005 bajo el lema «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia».

El congreso no se había propuesto celebrar un documento, un mero trozo de papel, sino realizar un inventario crítico y debatir algunas cuestiones y desafíos fundamentales. En el siglo XXI, debe plantearse una pastoral inspirada en la Sagrada Escritura y, a la vez, enmarcada dentro de la situación interna eclesial, debe hacerse referencia al diálogo ecuménico, insertarse en el contexto de las distintas culturas y religiones, en fin, estar en diálogo con la sociedad y el mundo.

Para que ello pudiera hacerse a nivel mundial, fueron invitadas también las Conferencias Episcopales, junto con los miembros de la FEBIC y numerosas instituciones y personas empeñadas en el trabajo bíblico. La ideación y planificación fue emprendida con la esperanza de que el congreso, por el hecho de que se desarrollara en Roma pudiera contribuir mejor a la formación de una conciencia más aguda de las exigencias de *Dei Verbum* incluso por parte de las estructuras centrales de la Iglesia. Según los organizadores, el congreso celebrado casi simultáneamente con el Sínodo sobre la Eucaristía, podría ser precursor de un futuro Sínodo de los Obispos dedicado a la Palabra de Dios.

Alrededor de 450 participantes de ambos sexos provenientes de 100 países se han dado cita en el congreso; entre ellos se contaban más de 60 obispos, cardenales y miembros de alto rango de la Curia y numerosos representantes de distintas confesiones cristianas y de otras religiones.

Dieciocho paneles y mesas de discusión han examinado aspectos importantes relacionados con la pastoral bíblica. Fueron tratados temas de exégesis, catequesis y liturgia, cuestiones ecuménicas, el diálogo interreligioso con el Judaísmo, el Islam, el Hinduismo y el Budismo, los desafíos creados por las sectas religiosas y la amenaza creciente del fundamentalismo, la cuestión de los valores religiosos en las actuales sociedades secularizadas y el tema de la justicia y la paz en un mundo globalizado.

Entre los principales oradores han estado el Cardenal Walter Kasper; el Ex Arzobispo de Milán, Cardinal Carlo Maria Martini; y el Arzobispo John Onaiyekan, presidente del Simposio de las Conferencias Episcopales de África y Madagascar. Además de las ponencias principales, fueron invitados a intervenir más de 50 especialistas bíblicos reconocidos a nivel internacional. Uno de los momentos sobresalientes del congreso fue la misa en la basílica de San Pedro, seguida por la audiencia privada con el Papa Benedicto XVI. Cuando era joven teólogo y profesor de Teología Fundamental y Dogmática, Joseph Ratzinger había participado activamente en las consultas preparatorias sobre *Dei Verbum* en calidad de asesor teológico. Poco después del Concilio, publicó un comentario autorizado sobre *Dei Verbum*, cuya actualidad sigue vigente.

Junto con el congreso, tuvo lugar una exposición en la que fueron presentados materiales producidos por alrededor de 30 organizaciones; desde traducciones de Biblias, periódicos, programas de estudio y de instrucción hasta materiales para internet, radio y televisión.

Sería poco realista, por no decir temerario, tratar de hacer un balance de los resultados, ya por el escaso tiempo transcurrido desde el congreso, ya porque es difícil medir y percibir su impacto precisamente en el campo de la toma de conciencia. Sin embargo, hay indicios en los que se vislumbran los primeros retoños. Por ejemplo, los obispos participantes han asumido el compromiso de presentar iniciativas similares ante sus respectivas Conferencias Episcopales y en sus diócesis. Quizá podamos contar entre estas primicias los pedidos de admisión como miembro de la FEBIC, la fundación de departamentos para la pastoral bíblica en dos Conferencias Episcopales, la intención de celebrar un fin de semana bíblico a nivel nacional y el proyecto de un obispo diocesano de transformar el edificio de un seminario cerrado en un centro de formación bíblica. El Santo Padre ha recibido, en nombre de los participantes del congreso, una carta con la propuesta de un Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, que es, por otra parte, un proyecto acariciado, desde hace muchos años, por la FEBIC. La misma propuesta ha sido planteada en diferentes discusiones a lo largo del Sínodo sobre la Eucaristía. Por eso, estamos seguros de que las ideas y los resultados del congreso han de sobrepasar el reducido círculo de los participantes y tendrán repercusiones profundas en las Iglesias locales y en la base. ■



Discurso del Santo Padre

Señores Cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Saludo cordialmente a todos Uds. que participan en el Congreso sobre «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia», convocado por iniciativa de la Federación Bíblica Católica y del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, para conmemorar el 40 aniversario de la promulgación de la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum*. Me alegro por esta iniciativa que hace referencia a uno de los documentos más importantes del Concilio Vaticano II.

Saludo a los Señores Cardenales y Obispos que son los testimonios primarios de la Palabra de Dios, a los teólogos que la investigan, la explican y la traducen en lenguaje moderno, a los pastores que buscan en ella soluciones adecuadas a los problemas de nuestro tiempo. Doy las gracias encarecidamente a todas las personas que trabajan al servicio de la traducción y la difusión de la Biblia, proporcionando los medios para explicar, enseñar e interpretar su mensaje. En este sentido, un gracias especial va dirigido a la Federación Bíblica Católica por su actividad, por la pastoral bíblica que promueve, por la adhesión fiel a las indicaciones del Magisterio y por el espíritu abierto a la colaboración ecuménica en el campo bíblico. Siento una profunda alegría por la presencia en el congreso de los «delegados fraternos» de las Iglesias y Comunidades eclesiales del Oriente y Occidente y saludo muy cordialmente a los representantes de las grandes religiones del mundo.

La Constitución Dogmática *Dei Verbum*, de cuya elaboración fui testigo, participando personalmente como joven teólogo en las vivas discusiones que la acompañaron, inicia con una frase de profundo significado: «*Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans, Sacrosanta Synodus...*». Son palabras con las que el Concilio indica un aspecto que califica la Iglesia: es una comunidad que escucha y anuncia la Palabra de Dios. La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio y es del Evangelio de donde, siempre y de manera nueva, saca orientaciones para su camino. Es una anotación que cada cristiano debe recoger y aplicar a sí mismo: sólo aquél que se pone sobre todo a la escucha de la Palabra puede luego anunciarla. De hecho, no debe anunciar una experiencia suya, sino la sabiduría de Dios que a menudo parece necedad ante los ojos del mundo (cf. 1 Cor 1,23).

La Iglesia sabe bien que Cristo vive en las Sagradas Escrituras. Justo por eso, como subraya la Constitución, siempre ha reservado a las Divinas Escrituras una veneración parecida a aquella reservada para el Cuerpo del Señor (cf. DV 21). A este respecto, decía muy acertadamente San Jerónimo, citado en el documento conciliar, que desconocer la Escritura es desconocer a Cristo (cf. DV 25).

La Iglesia y la Palabra de Dios están inseparablemente unidas. La Iglesia vive de la Palabra de Dios y la Palabra de Dios resuena en la Iglesia, en su enseñanza y en toda su vida (cf. DV 8). Por esto el apóstol Pedro nos recuerda que «ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres, movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios» (2 Pe 1,20-21).

Agradecemos a Dios que en estos últimos tiempos, gracias también al impulso dado por la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, se ha revalorizado profundamente la importancia fundamental de la Palabra de Dios. A raíz de esto se ha producido en la vida de la Iglesia una renovación, sobre todo en la predicación, en la catequesis, en la teología, en la espiritualidad y en el mismo camino ecuménico. La Iglesia siempre tiene que renovarse y rejuvenecerse, y la Palabra de Dios, que nunca envejece ni se agota, es un medio privilegiado para este fin. Es efectivamente la Palabra de Dios la que, por medio del Espíritu, nos guía siempre de nuevo hacia la verdad completa (cf. Jn 16,13).

En este contexto, quisiera evocar y recomendar especialmente la antigua tradición de la *lectio divina*: la asidua lectura de la Sagrada Escritura acompañada de la oración realiza aquel íntimo coloquio en el que, leyendo, se escucha a Dios que habla y, rezando, se le responde con un corazón abierto y confiado (cf. DV 25). Esta praxis, si se promueve eficazmente, traerá a la Iglesia – estoy convencido de ello – una nueva primavera espiritual. En cuanto punto clave de la pastoral bíblica, la *lectio divina* hay que alentarla cada vez más mediante el uso de métodos nuevos, valorados con atención, de acuerdo con el paso de los tiempos. Nunca hay que olvidar que la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino» (cf. Sal 118/119,105).

Al invocar la bendición de Dios sobre su trabajo, sus iniciativas y sobre el congreso en el que participan, me uno al deseo que les anima: Que la Palabra de Dios se difunda (cf. 2 Tes 3,1) hasta los extremos confines de la tierra, para que mediante el anuncio de la salvación el mundo escuchando crea, creyendo espere, esperando ame (cf. DV 1).

¡Gracias de todo corazón!

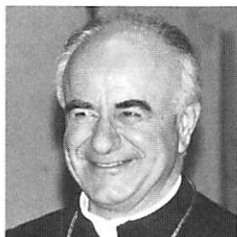
Benedictus PP XVI



La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia

Saludo del Presidente de la FEBIC

Obispo Vincenzo Paglia



Desde 2002, Mons. Vincenzo Paglia, obispo de Terni-Narni-Amelia, es presidente de la Federación Bíblica Católica.

Queridos amigos y amigas:

Siento una gran alegría y emoción al tomar la palabra para iniciar este congreso en ocasión del 40 aniversario de la *Dei Verbum*. Lo decidimos en la Asamblea Plenaria de la Federación Bíblica Católica celebrada en Beirut el año 2002. Y debo decir que el entusiasmo de la Asamblea nos ha animado para superar las no pocas dificultades con las que hemos tenido que enfrentarnos para llevarla a cabo. Su Beatitud, reverendos Señores Cardenales y Obispos, queridos hermanos y hermanas de la Federación Bíblica Católica, amigos todos, estamos aquí reunidos en Roma: bienvenidos a este congreso. Creo que ninguno de nosotros estuvo presente en el aula conciliar el 18 de noviembre de 1965 cuando los padres conciliares firmaron casi unánimemente (sobre 2350 votantes, 2344 placet y 6 non placet) el texto de la *Dei Verbum*. La elaboración del texto había sido fatigosa, porque abordaba un nudo complejo de la teología que, por otro lado, implicaba notables consecuencias en el plano pastoral. La acogida positiva del documento ha evidenciado la oportunidad y la providencia de su elección.

Es particularmente curioso que la *Dei Verbum*, siendo el texto conciliar más breve, haya sido el que, junto a la Constitución de la Santa Liturgia, ha originado cambios más profundos en la vida de la Iglesia. Y la presencia de tantos hermanos y hermanas de las otras Iglesias y Confesiones cristianas – que saludo de todo corazón: ¡bienvenidos entre nosotros! – muestra el valor ecuménico que la *Dei Verbum* ha tenido y todavía tiene en la vida de nuestras comunidades cristianas. Basta pensar al empuje, surgido a partir del documento conciliar, para superar los contrastes relativos a la estructura y a la traducción de la Biblia interconfesional. Las Santas Escrituras, veneradas por todos nosotros como un tesoro precioso, se han convertido en el lugar privilegiado para el encuentro entre cristianos y, por tanto, en

una de las fuentes más ricas para dar un nuevo respiro al ecumenismo. Podríamos decir que la escucha común de la Palabra de Dios es hoy la vía que no sólo nos permite ver la unidad visible entre todos los cristianos sino que es la que puede conducirnos más rápidamente a la comunión eucarística. De hecho, ¿no fue éste el camino de los dos de Emaús? Si dejamos que la Palabra de Dios siga propagándose, como escribe Pablo a los Tesalonicenses (2 Tes 3,1), si dejamos que transforme nuestros corazones, también nosotros seremos conducidos a la mesa eucarística, signo de la comunión plena.

La *Dei Verbum* recogía un largo itinerario de debates y reflexiones. Ahora no es el momento para hablar de ello; en cambio, sería muy útil trazar la historia de la escucha de la Biblia por parte de los creyentes durante los dos mil años de cristianismo. Todos Uds. saben que en el primer milenio la Sagrada Escritura ocupaba un lugar privilegiado en la vida de la Iglesia: obispos, y sacerdotes, monjes y teólogos se confrontaban regular y apasionadamente con la Biblia. Sus palabras, sermones y estudios eran sobre todo comentarios a la Sagrada Escritura. Y también a los fieles se les exhortaba a relacionarse cada día con ella. Basta pensar en el rigor con que San Jerónimo amonestaba a un cristiano porque no sabía cuántas eran las cartas de San Pablo. Verdaderamente, toda la literatura teológica y espiritual del primer milenio testimonia la centralidad de la Biblia en la reflexión y en la vida de la Iglesia. La lectura de la Escritura se recomendaba a todos. No hay huella de ninguna prohibición en aquellos siglos que, incluso registraron intervenciones fuertes de parte de algunos obispos contra las herejías. Cesareo de Arlés estaba tan convencido de la importancia espiritual de la lectura cotidiana de la Biblia que exhortaba a los analfabetos ricos a pagar para que algunos les leyeran la Escritura: «Si aquellos que no conocen la Escritura pagan a personas que saben escribir para procurarse terrenos, tú, quienquiera que seas, que no sabes ni leer ni escribir, ¿por qué no buscas pagando y dando una recompensa a uno que te lea las Escrituras divinas para poder obtener las recompensas eternas?».

La cuestión fue mucho más tormentosa en el segundo milenio que, sin embargo, desde el inicio vio cómo se difundía en las Iglesias la llamada *Biblia pauperum* para que incluso el analfabeto pudiese «leer» la Biblia



por medio de imágenes. Era clara la conciencia de que sin conocer la Sagrada Escritura no se podía ser cristiano. El compromiso por una Iglesia más evangélica pasó a través de una renovada relación de la Escritura con la vida del creyente. Basta pensar en Francisco de Asís y en su radicalidad en el seguir el Evangelio *sine glossa*. Por desgracia, el clima polémico que invadió sucesivamente la cristiandad occidental también frenó, especialmente en el campo católico, el trato directo de la Biblia por parte de los fieles. El Concilio de Trento, que incluso había invitado a los obispos a reforzar los estudios bíblicos, no encontró una escucha adecuada. Es cierto que en la compleja cuestión de la vida de la Iglesia en la edad moderna, el clima polémico comprometió en mucho la relación entre Biblia y fieles. Pero, gracias al estímulo de las otras tradiciones cristianas, en la Iglesia Católica se inició un movimiento de renacimiento de los estudios bíblicos que fue impuesto por la Encíclica *Providentissimus Deus*. En la primera mitad del 1900 la Iglesia Católica encontró cada vez más una relación nueva con la Escritura. No sólo maduró una comprensión más rica de los textos sagrados a través de los estudios histórico-críticos, sino que la Biblia fue re-descubierta con más fuerza como fuente de la vida espiritual y pastoral.

El libro y el cáliz

Queridos amigos y amigas, dentro de pocos días comenzará el Sínodo sobre la Eucaristía. Es imposible no ver la mano de la providencia en la continuación de nuestro congreso. El vínculo entre la Palabra de Dios y la Eucaristía es una tradición fuertemente anclada en la Iglesia. El beato Juan XXIII, cuando era patriarca de Venecia, en la carta pastoral sobre la Palabra de Dios dirigida a los fieles para la Cuaresma del 1952, escribía:

Enseñar la Sagrada Escritura, especialmente el Evangelio, al pueblo ... y familiarizarlos con el libro sagrado, es como el alfa de las actividades de un obispo y de sus sacerdotes. La omega – permitidme esta imagen del Apocalipsis – está representada por el cáliz bendito de nuestro altar cotidiano ... Las dos realidades van unidas: la Palabra de Jesús y la sangre de Jesús. Entre una y otra se suceden todas las letras del alfabeto: todos los eventos de la vida personal, doméstica, social; también todo lo que es importante pero es secundario en orden al destino eterno de los hijos de Dios, y que no vale si no es en cuanto se apoya en las dos letras terminales: es decir la Palabra de Jesús que siempre resuena en todos sus tonos en la Santa Iglesia desde el libro sagrado y la sangre de Jesús en el sacrificio divino, fuente perenne de gracia y bendición.

Estas palabras expresan con una fuerza espiritual no común como la *Palabra* y el *Cáliz*, la Biblia y la Eucaristía sean el *alfa* y *omega* de la vida de la Iglesia y de cada creyente.

También la *Dei Verbum* afirma: «La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo» (DV 21). Y Juan Pablo II, abriendo su carta para la declaración del Año de la Eucaristía con la icona de Emaús, indica este vínculo: de la escucha de la Palabra de Dios se llega a la *fractio panis*. Por esto nos sentimos profundamente unidos al próximo Sínodo de obispos. Nosotros deseamos hacer una pequeña aportación en vista a una primera comprobación de la recepción de la *Dei Verbum* con la esperanza de que pueda ser útil para una reflexión a nivel universal. La presencia tan numerosa de obispos provenientes de 100 países podría ser un estímulo para sugerir a las respectivas Conferencias Episcopales (en caso de que todavía no lo hayan hecho como en el caso de Italia) a organizar una asamblea sobre la recepción de la *Dei Verbum* en los respectivos países.

El 40 aniversario de la *Dei Verbum* es sin lugar a dudas una ocasión propicia. Y con mucha satisfacción experimentaremos lo que los Padres conciliares deseaban, es decir un nuevo impulso espiritual para los creyentes a raíz de una nueva comprensión de las Escrituras. Obviamente junto a la realización de nuevas iniciativas. Dice el texto: «Y como la vida de la Iglesia se desarrolla por la participación asidua del misterio eucarístico, así es de esperar que recibirá nuevo impulso de vida espiritual con la redoblada devoción a la Palabra de Dios, que *dura para siempre* (Is 40,8; cf. 1 Pet 1,23-25)» (DV 26). Y así ha sido. No hay duda que hoy la Biblia no sólo se estudia con mayor competencia, sino sobre todo el pan de la Palabra de Dios se distribuye con mayor abundancia y se gusta con más conciencia. Esto es lo que a nos interesa específicamente.

El tema del congreso, de hecho, retoma a la letra el título del capítulo VI de la Constitución: «La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia». La Federación Bíblica Católica, nacida en 1969 por iniciativa del Cardenal Bea, se propone ayudar a los creyentes a que continúen y abundantemente apaguen su sed bebiendo de la inagotable fuente de la vida contenida en la Biblia. Los Padres conciliares invitan a los fieles a «acudir de buena gana la texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual, o bien en otras instituciones o con otros medios que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación o por iniciativa de los pastores de la Iglesia». Ellos sabían muy bien que «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo».

La Federación Bíblica Católica, que cuenta hoy con más de 92 miembros a pleno derecho y con 231 miembros asociados representando 127 países, en todos estos años ha intentado seguir aquella invitación del Concilio y quiere continuar haciéndolo. La numerosa y cualificada participación en este congreso expresa la vitalidad del trabajo de los miembros de la Federación.



Quisiera decir que también este congreso es un signo de lo mismo: creo que es la primera vez que un número tan elevado de obispos, junto a tantos fieles, provenientes de más de cien países del mundo, y con la presencia de no pocos representantes de las otras Iglesias, se reúnen para reflexionar y discutir sobre la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Y permítanme que agradezca a la Conferencia Episcopal Italiana su contribución para la realización de este nuestro congreso, junto a la *Siemens Italia* que, con visión de futuro y generosidad, ha comprendido que la ayuda para un encuentro como éste no está lejos de la finalidad de una empresa que mira al mundo entero. Y por mi parte deseo que esta relación pueda reforzarse.

El congreso – como puede verse en el programa – se articulará alrededor de tres relaciones principales: la del Cardenal Kasper que subrayará sobre todo el aspecto teológico de la *Dei Verbum*, la del Mons. Onaiyekan que trazará el itinerario de los últimos cuarenta años después del documento conciliar, y la tercera del Cardenal Martini que reflexionará sobre todo sobre el aspecto pastoral de la Constitución. En estos días habrá una serie bien nutrida de mesas redondas en las que se mostrará el extraordinario camino seguido en la Iglesia sobre la relación de los fieles con la Sagrada Escritura y se subrayarán también las problemáticas que todavía hoy están abiertas para que la Biblia llegue a ser el libro de cada creyente y de todas las comunidades cristianas.

Al inicio del tercer milenio

Ciertamente tenemos que agradecer a Dios que los cristianos hayan empezado el tercer milenio con un importante bagaje de conocimiento y amor por las Santas Escrituras, un bagaje bastante más rico que en el pasado y que por tanto nos hace esperar que ellos llegarán a ser cada vez más «sal de la tierra y luz del mundo». Sin embargo, no podemos ocultar que todavía queda un largo camino a recorrer para que la Biblia ocupe un puesto central en la vida pastoral de nuestras comunidades así como en la vida espiritual de cada uno de los creyentes. Es evidente que el camino nunca se terminará. Cada generación cristiana debe dejarse plasmar por la Palabra de Dios. Cada generación debe escuchar y, por consiguiente, anunciar. Y ésta es una tarea que no se puede posponer.

Quisiera, a modo de síntesis, retomar la exhortación de Juan Pablo II a los cristianos de Europa y de nuevo proponerla a las Iglesias de todas las partes del mundo que nosotros, en cierto modo, representamos. Decía Juan Pablo II: «Iglesia en Europa, ¡empieza el nuevo milenio con el libro del Evangelio! En el estudio atento de la Palabra encontraremos alimento y fuerza para realizar cada día nuestra misión». No se trata de una

simple exhortación, sino de la misma misión de la Iglesia al inicio del tercer milenio. Y añadía el Papa:

¡Tomemos en nuestras manos este Libro! ¡Aceptémoslo de parte del Señor que continuamente nos lo ofrece a través de su Iglesia! (cf. Ap 10,8). ¡Devorémoslo (cf. Ap 10,9), para que se haga vida de nuestra vida. Gustémoslo a fondo: nos reservará fatigas, pero nos dará alegría porque es dulce como la miel! (cf. Ap 10,9-10). Nos llenaremos de esperanza y seremos capaces de comunicarla a cualquier hombre o mujer que encontraremos en nuestro camino (Ecclesia in Europa, 65).

Ahora bien, si nos fijamos hoy en nuestras comunidades eclesiales, ¿quizás no deberíamos decir, aunque sea en forma sintética y un poco aproximativa, que todavía hay poca Biblia en la vida y en la cultura de los creyentes así como en la misma vida pastoral? Es obvio que las situaciones de los países son muy diferentes. Pero creo que todos sentimos la urgencia de una mayor presencia de la Palabra de Dios en la vida de nuestras comunidades. Si nos detenemos en un aspecto, el de la relación entre los fieles y la Sagrada Escritura, que es el corazón de la tarea de la Federación Bíblica Católica, una encuesta reciente (los datos serán publicados en breve) revela que el 80% de los practicantes en algunos países de Europa (Italia, Francia y España) escucha la Biblia sólo durante la misa del domingo, y apenas el 3%, siempre entre los practicantes, la lee cada día. Obviamente esto comporta no sólo una ignorancia material sobre la Biblia (por ejemplo, el 40% cree que San Pablo ha escrito un Evangelio y el 26% cree lo mismo también de San Pedro), sino que sobre todo no la siente como el libro propio, como el libro de la propia vida. Pareciera, pues, que para los católicos practicantes europeos la Biblia todavía es un libro sobre todo reservado para el clero. Sin embargo, hay un dato que nos cuestiona porque muestra el deseo que los fieles tienen de la Palabra de Dios. El 41% de los practicantes piensa que la homilía es el momento más útil para el crecimiento de la fe. Esto significa que este momento de la liturgia eucarística tiene una potencialidad realmente extraordinaria para el crecimiento de la fe de los fieles. Y ahora la pregunta se torna candente: ¿cómo son las homilías de nuestras celebraciones? Creo que ninguno de nosotros duda de la urgencia de una reflexión profunda sobre este aspecto de la vida pastoral. Recuerdo que un escritor italiano, hablando de la homilía, la definía como «el tormento de los fieles». Además de esto, hay numerosos problemas abiertos. Basta pensar al riesgo de la interpretación fundamentalista de la Biblia, o por el contrario, a su relativización incluso en las celebraciones litúrgicas (sucede, y no raramente, que se prefieren textos literarios a la Sagrada Escritura también en las celebraciones litúrgicas!). Pienso que en estos días surgirán no pocas cuestiones relativas a nuestro tema. Pienso en aquellas comunidades cristianas que



todavía no tienen la traducción de la Biblia en su lengua; como también en el esfuerzo por unificar la traducción litúrgica con las Biblias de los fieles para tener un mismo texto. En ese contexto confiamos en un diálogo todavía más estrecho con las Sociedades Bíblicas de los diversos países, sea tanto sobre los problemas relativos a la traducción cuanto a los comentarios de los textos sagrados. De todos modos, hay otras muchas cuestiones que hacen que nuestro encuentro sea especialmente interesante.

La centralidad de la Palabra de Dios en la vida espiritual y en la tarea pastoral

Quisiera decir unas palabras para subrayar lo que creo constituye el centro de la cuestión, es decir, el encuentro de los creyentes con la Palabra de Dios. No me alargo sobre la necesidad de la difusión de la Biblia. Son necesarios todos los esfuerzos para que llegue a las manos de todos los creyentes. Es un derecho fundamental de todo cristiano el tener la Biblia, su Biblia. Juan Pablo II, en una intervención en la asamblea que la Conferencia Episcopal Italiana tuvo sobre la Palabra de Dios, dijo: «La importante tarea de la nueva evangelización pasa a través la entrega de la Biblia a todo el pueblo de Dios» (año 1997). A veces sucede que incluso en alguna parroquia sea difícil encontrar una Biblia; si es obligatorio tener los libros litúrgicos, en particular los leccionarios, todavía es más evidente que la Biblia tiene que estar. La Biblia es, en cierta manera, como el tabernáculo de la Palabra de Dios: hay que honrarla y tiene que estar abierta para que todos puedan alimentarse de ella, como ocurre con la Eucaristía. Pero lo que yo quisiera resaltar es el esfuerzo que debemos poner para que todo cristiano tenga su propia Biblia, la que lee cada día, la que se lleva cuando va de vacaciones. Puedo dar testimonio de la eficacia que ha tenido, en la diócesis de Terni, de donde soy obispo, la entrega que cada año se hace a cada diocesano de un libro de la Biblia comentado brevemente por mí. El comentario – espiritual más que exegético – hace que el texto sea más provechoso inmediatamente, en la línea de la lectio divina que todos esperamos se convierta en un punto de unión de todos los cristianos. Hago solamente una mención relativa al Antiguo Testamento para decir que también con el pueblo hebreo se abre aquí una vía que deberíamos recorrer con más audacia: la lectura midrásica de la Biblia se acerca a nuestra lectura espiritual.

De todos modos, es aquí donde se juega la verdadera cuestión de la relación entre la Biblia y el creyente. Y la expreso con una pregunta: ¿Es la Biblia la verdadera inspiradora de la vida de los creyentes en todos sus aspectos? ¿Es la Biblia la fuente de la pastoral en nuestras diócesis, en nuestras parroquias? Si Gregorio Magno decía: «la Sagrada Escritura crece con quien la lee», ¿crecemos nosotros y nuestras comunidades

cristianas bajo la guía de la Palabra de Dios? Un amigo exegeta me explicó que un obispo le dio un esbozo de su carta pastoral y le dijo: «Añada al texto alguna frase bíblica eficaz». Pobre obispo; en el pasado la Biblia al menos servía para demostrar la verdad de los dogmas y no ciertamente las afirmaciones de los obispos! En este breve episodio se resume en manera emblemática, aunque extremada, el equívoco de poner la Biblia a nuestro servicio, de creer que la Biblia es un bagaje de frases para usar según nuestra conveniencia. Existe, en cambio, la urgencia de recuperar la primacía de la Escritura en nuestra vida espiritual y pastoral. Alguien llega incluso a hablar de «hegemonía» de la Escritura en la vida de los creyentes. Hegemonía, obviamente, no quiere decir exclusivismo sino que la Biblia sea inspiradora de la entera vida del creyente y de la misma Iglesia. Ella es la luz que ilumina la situación, no viceversa. La Biblia no se comprende desde fuera, sino desde dentro.

Y parte de ese «dentro» es la Iglesia, es la comunidad de los creyentes. Son significativas las palabras del entonces Cardenal Ratzinger:

La Iglesia no es la Palabra, sino el lugar donde habita y vive la Palabra. Esto significa que está obligada a ser verdaderamente espacio de vida y no espacio de muerte para la Palabra. La Iglesia no puede permitir que la Palabra se pierda en las habladerías de cualquier persona o en las palabras de los tiempos que cambian, sino que tiene que conservar en su identidad inmutable. Pero para que la Palabra pueda ser conservada, la Iglesia tiene que vivirla, tiene que sufrirla. Tiene que someter las fuerzas vitales de una época al juicio de esta Palabra, y también tiene que poner a disposición de la palabra una nueva vida, carne y sangre humanas. Limitarse puramente a conservar sería evitar el sufrimiento y no sería ciertamente un llevar la Palabra al tiempo presente (J. Ratzinger, Dogma y predicación, 20).

Considerada bajo esta perspectiva vital la Biblia se convierte en luz que ilumina la vida espiritual, la vida pastoral, la cultura, las ciencias, la psicología, la psicosociología, la misma política y los otros campos de la vida. Además, ¿el obispo, el teólogo, el sacerdote, el seminarista, el religioso, todo cristiano en cuanto tal, no debe nacer y formarse con la semilla incorruptible de la Palabra de Dios?

Cierto, llegados a este punto, las preguntas se vuelven personales: ¿Cuánto tiempo dedico a la lectura y escucha de la Biblia? ¿Cuántos libros de la Biblia he leído? En preguntas como éstas se pone de manifiesto la intensidad del amor por la Palabra de Dios y la intensidad del deseo de escuchar al Señor. Esto nos hace decir que es indispensable encontrar tiempo para leer la Biblia, hasta aprenderla de memoria; y si resulta que se tiene poco tiempo porque hay tanto que hacer, es el «quehacer» lo que debe sacrificarse, más que la escucha de la Palabra de Dios. Sabemos muy bien que



todo esto exige una lucha contra la mentalidad y la misma cultura en la que estamos inmersos. La escucha de la Palabra de Dios – podríamos decir la *lectio divina* entendida como escucha religiosa – se convierte en el banco de prueba para la Iglesia al inicio de este nuevo milenio. Dice la *Dei Verbum*: «Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Sagrada Escritura de modo especial aquellas palabras: *La Palabra de Dios es viva y eficaz*» (DV 21).

Por esto las Santas Escrituras no pueden ser solamente de una persona, quizás del clero o de los eruditos. Juan Pablo II, presentando el documento del 1993 de la Pontificia Comisión Bíblica titulado *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, decía: «Es un motivo de alegría ver la Biblia en mano a gente humilde y pobre que puede ofrecer a su interpretación y actualización una luz más penetrante, del punto de vista espiritual y existencial, de aquella que proviene de una ciencia segura de sí misma». Y Benedicto XVI, continuando en esta línea, decía que «el pueblo cristiano es el verdadero propietario de la Biblia y por esto su verdadero exegeta» (*La sal de la tierra*, 302). En la escucha de la Biblia el creyente descubre su verdadera identidad: ser discípulo. Y esa permanece por siempre. Por esto, junto a Samuel, cada cristiano debe repetir: «Habla, Señor, que tu siervo te escucha» (1 Sam 3,10). Es una actitud espiritual que hace que el creyente permanezca unido a la Palabra. Y éste es el significado de la espléndida apertura de la *Dei Verbum*: «La Palabra de Dios la escucha con devoción y la proclama con valentía el Santo Concilio». La escucha de la Palabra de Dios significa dejarse formar por ella, dejarse conducir, dejarse ofrecer las palabras para que se hagan nuestras. La Biblia, pues, hace a la Iglesia en el sentido que «hace» al creyente, que lo edifica a su imagen y semejanza.

La Biblia es el lugar privilegiado donde Dios y el hombre se encuentran. Abraham J. Heschel escribía: «La Biblia habla no sólo de búsqueda de Dios de parte del hombre, sino también de la búsqueda del hombre de parte de Dios» (*Dio alla ricerca dell'uomo*, Roma 1983, 156). Por eso toca las cuerdas más profundas del ser humano y de su historia. Boenhoeffer, con gran sabiduría espiritual, decía:

Quien ha recibido la Palabra de Dios tiene que empezar a buscar a Dios; no puede hacer otra cosa. Cuánto más la Palabra de Dios se nos muestra de manera clara y profunda, tanto más vivo es nuestro deseo de conocer en modo perfectamente claro la profundidad insondable de Dios. Con el don de su Palabra Dios nos anima a buscar un conocimiento cada vez más rico y un don cada vez más maravilloso. No quiere falsas satisfacciones. Cuanto más recibimos, tanto más tenemos que buscarlo, y cuanto más lo buscamos, tanto más recibiremos de Él (DBW 15,518).

La Biblia ayuda a descubrir el verdadero rostro de Dios, el rostro de un padre que no cesa de recurrir al ser humano como si no pudiera pasar in él. ¿Y quién no comprende cuánto sea decisivo hablar de este Dios al hombre y a la mujer de hoy?

La Biblia revela al creyente también su rostro. Quien lee las páginas de la Biblia aprende poco a poco a leerse a sí mismo y a descubrirse dentro de una historia más grande: la del Señor con los hombres y la de los hombres con el Señor. Todos pueden reencontrarse en las páginas de la Escritura: en sus historias de dolor, muerte, traición, odio, pero también de esperanza, amistad, curación, compasión, ayuda, cambio. La antigua tradición rabínica decía: «Da vueltas y vueltas a la Torá porque en ella está todo y también tú mismo estás en ella todo entero» (Mishnah *Pirkei Avot*, 5,22). Cada uno se encontrará a sí mismo en aquellas páginas: escuchará historias que parecen hablar de él mismo, de sus traiciones y de sus esperanzas, de sus angustias y de sus sueños, de sus oraciones y de sus dramas, de su presente y su futuro. Gregorio Magno decía: «La Sagrada Escritura se presenta a los ojos de nuestra alma como un espejo, en el que podemos contemplar nuestro rostro interior».

Su lectura ensancha las paredes del corazón y de la mente. Y manifiesta aquella primacía de la persona humana que inunda no pocas culturas contemporáneas. Sus palabras están en la base de la radical igualdad de todos los hombres, de la imborrable dignidad de toda persona y de la innegable universalidad de la salvación porque presenta un Dios Padre de todos. Y en esto se funda el vínculo singular que une el pueblo hebreo con los cristianos. La Biblia ayuda a comprender las propias raíces y al mismo tiempo compromete al diálogo con el otro. Por esto, algunos – también del mundo laico – sugieren que la Biblia se estudie en todas las escuelas como un texto que ha fundamentado la historia de tantos pueblos y que puede inspirar también el futuro del planeta.

Un nuevo entusiasmo por la Palabra de Dios

Queridos amigos y amigas, ¿qué debemos esperar de este congreso? Es difícil responder. Pero un objetivo hay que buscarlo. Y yo lo saco de la homilía del beato Juan XXIII en la toma de posesión de San Juan de Letrán como obispo de Roma: «Si todas las preocupaciones del ministerio pastoral nos inquietan y las consideramos urgentes, sobre todo sentimos el deber de estimular, por todas partes y con continuidad de acción, el entusiasmo por cada manifestación del libro divino, que ha sido creado para iluminar desde la infancia hasta la edad más tardía del camino».

Queridos amigos y amigas, este «entusiasmo por cada manifestación del libro divino» que el beato Juan XXIII,



iniciador del Concilio Vaticano II, quería suscitar en su tiempo, es lo que hoy también necesitamos. Todos esperamos que este congreso nos ayude a suscitar en nosotros y dondequiera que estemos un nuevo entusiasmo por la Palabra de Dios.

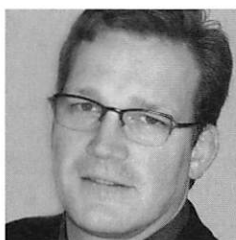
Bienvenidos todos! Les deseo un buen trabajo!
Gracias.

(Trad.: N. Calduch-Benages) ■

«Ut Dei Verbum currat»

Apertura de la exposición por el Secretario General de la FEBIC

Alexander M. Schweitzer



Desde 2002, Alexander M. Schweitzer es Secretario General de la Federación Bíblica Católica.

Su Beatitud, Señores Cardenales, Señores Obispos, queridos invitados de honor, queridos amigos y amigas:

Un caluroso saludo para Uds. en esta celebración inaugural de la exposición de la Biblia que acompaña nuestro congreso. A esta exposición le hemos dado el nombre de *Ut Dei Verbum currat*, y con ella aceptamos muy conscientes la contraposición que se puede dar entre el aspecto estable de una exposición de productos acabados, por un lado, y la dinámica del tema *Ut Dei Verbum currat*, que hemos tomado prestado de la segunda carta de los Tesalonicenses (2 Tes 3,1).

La Constitución sobre la Divina Revelación del Concilio Vaticano II subraya especialmente la *dynamis*, la fuerza transformadora que habita en la Palabra de Dios: «Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Escritura de modo especial aquellas palabras: La Palabra de Dios es viva y enérgica (Heb 4,12)» (DV 21). Este subrayado del aspecto espiritual, de la «dinámica»

de la Palabra de Dios – hace 40 años era algo nuevo – así como la *Dei Verbum* en conjunto establece una nueva orientación en cuestión de la Biblia, un nuevo rol de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia.

Después de 400 años de «invernación» – así se podría describir el tiempo desde la Contrarreforma en vista del papel de la Biblia en la Iglesia – la Palabra de Dios fue «re-descubierta». Se re-pensó y precisó la cuestión de la relación entre la Escritura y Tradición. Se estableció el lugar indispensable del método histórico-crítico en la exégesis bíblica en nuestro tiempo después de la Ilustración. Pero sobre todo se volvió a poner la Biblia en manos de los fieles, desde entonces no se transmitió solamente en la liturgia, en un latín a menudo incomprensible, sino que se hizo accesible en la lengua materna. Hoy la Biblia no interesa sólo como prueba escrita para corroborar afirmaciones doctrinales de la Iglesia, sino que es el punto de partida de nuestros cuestionamientos y marco de referencia para nuestra vida de fe.

La cuestión de la relación entre Escritura y Tradición – con la discusión sobre *Liturgiam Authenticam*, una instrucción de la Congregación para el Culto Divino del año 2001 – de nuevo ocupa el centro de interés y agrava en parte también los esfuerzos ecuménicos. Vale la pena traer de nuevo a la memoria las afirmaciones de la Constitución conciliar *Dei Verbum*. La *Dei Verbum* invita a «honrar» la Vulgata, la antigua traducción cristiana de la Biblia de la Iglesia latina, la cual ha impreg-



nado su teología y liturgia profundamente durante siglos, así como por lo demás también las tradiciones de traducción de las Iglesias no latinas merecen ser honradas en cuanto su tradición; para la traducción de la Biblia en lenguas modernas anima abiertamente a recurrir al texto original (común a todas las confesiones) (cf. DV 22) y con ello establece de un modo nuevo la relación entre Escritura y Tradición. Este recurso al texto original trajo consigo no sólo impulsos positivos y vigorosos para el trabajo en conjunto interconfesional y ecuménico, sino que también facilitó el acceso a la Sagrada Escritura en lenguas modernas y se situó así al inicio del «boom» de traducciones de los últimos decenios.

Y ahora ya estamos preparados para nuestra exposición. En numerosas mesas Uds. encontrarán ejemplos de esta actividad de traducción que no puede ser apreciada en lo que se merece. Tener entre las manos la Sagrada Escritura en la propia lengua materna es la primera condición para una buena comprensión, para un acceso amplio y personal a la Palabra de Dios en la Escritura. Numerosas instituciones miembros de la Federación Bíblica Católica están comprometidas en el campo de la traducción, publicación y distribución de la Biblia. Y el fructuoso trabajo en conjunto en los últimos decenios con las Sociedades Bíblicas a este respecto es digno de mención. El Secretario General de las Sociedades Bíblicas Unidas, el Revd. Miller Milloy, luego les presentará las impresionantes cifras de las lenguas ya realizadas y también de las lenguas que todavía faltan. Sólo un avance: el número de lenguas en las que la Biblia todavía no ha sido traducida es mayor que el de las traducciones ya existentes. Me alegro de que el Revd. Milloy haya aceptado la invitación a decir unas palabras de saludo en esta celebración de apertura, porque de esta manera se pondrá de manifiesto la importancia del trabajo en conjunto interconfesional no sólo en el campo de la traducción de la Biblia en los últimos 40 años, sino también y sobre todo en vista de nuestras tareas actuales. Dicho sea de paso, un trabajo en conjunto, a cuyo mandato alude la misma *Dei Verbum* (DV 22) y que está sellado y expresado en muchos documentos, como por ejemplo en los estatutos de la FEBIC o en el Directorio para el Ecumenismo (Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos: *Directory of the Application of Principles and Norms on Ecumenism*, sección *Common Bible Work*, párrafo 183–186, Roma: Marzo 23, 1993).

La nueva reflexión del Vaticano II sobre *re biblica* trajo consigo, junto a la clarificación de la cuestión sobre la exégesis histórico-crítica y aquella relación entre Escritura y Tradición, sobre todo cambios profundos para la pastoral. Y aquí radicó y radica exactamente el punto central del trabajo de la Federación Bíblica Católica con sus 323 instituciones miembros (entre ellas 92 Conferencias Episcopales) en 127 países del

mundo. Su *raison d'être* apenas se podría resumir con la exigencia de la *Dei Verbum* de un acceso amplio a la Sagrada Escritura y más relacionado con la vida para todos los creyentes (cf. DV 22: «Aditus ad Sacram Scripturam Christifidelibus late pateat oportet»). Se trata de poner la Biblia en manos de las personas y al mismo tiempo ofrecer los medios y métodos para el adecuado trato con la Sagrada Escritura, como por ejemplo comentarios idóneos (pastorales), métodos para la lectura orante (*lectio divina*), modelos para formación inicial y permanente, etc.; así la Sagrada Escritura puede llegar a ser fuente para la vida espiritual y la palabra escrita de la Biblia puede llegar a ser la Palabra de Dios llena de vida.

También para este compromiso pastoral encuentran Uds. numerosos ejemplos en la exposición. Van desde las variadas posibilidades de transmisión del mensaje bíblico en los respectivos lenguajes simbólicos de una determinada cultura o de un grupo, pasando por materiales de trabajo para grupos bíblicos, semanas bíblicas y meses bíblicos, comentarios pastorales al texto bíblico que tienen en cuenta los respectivos contextos sociales y culturales, modelos de formación con sus respectivos materiales para laicos, clérigos, modelos de catequesis basados en la Biblia, hasta los distintos medios electrónicos y formatos digitales en los que el mensaje bíblico hoy puede ser transmitido.

En este campo los desafíos son evidentes y tangibles, desafíos ante los que hoy nosotros nos encontramos. Pensemos en las muchas personas que, hoy como antes, no son capaces de leer, o en las que viven en culturas en las que no hay tradición de lectura. La transmisión del mensaje evangélico no puede en estos casos apoyarse solamente en la palabra escrita.

Pensemos en la tentación del fundamentalismo, ante el que nosotros cristianos no somos invulnerables, y que en primera línea se ocupa del trato con la Biblia. A este respecto juegan un papel especialmente importante los materiales de acompañamiento, los comentarios y la instrucción.

Pensemos en el desafío hermenéutico que surge a la vista de sociedades que se desarrollan cada vez más rápidamente y de realidades multiculturales en la época de la globalización. La cuestión de: ¿con qué medios, con qué formatos, en qué lenguas hay que transmitir el invariable mensaje evangélico? adquiere cada vez mayor importancia.

Tampoco podemos olvidar el factor económico. Una «opción por los pobres» en nuestro contexto tiene que significar muy concretamente que el mensaje de la Sagrada Escritura tiene que estar abierto a las personas que no pueden permitirse una edición de la Biblia costosa ni una formación continua que implique gran-



des gastos. Y la mayoría de la humanidad pertenece a este grupo.

Tampoco podemos olvidar a las personas que viven con discapacidad física, como por ejemplo, la ceguera. Ediciones de la Biblia en Braille o en audio-cassette son en estos casos medios indispensables.

Y pensemos finalmente en el modelo de percepción y las costumbres comunicativas de las jóvenes generaciones que crecen en el mundo de la comunicación electrónica. En este sector nuestro trabajo está sólo al inicio, a pesar de los numerosos ejemplos que Uds. pueden ver en la exposición.

La variedad de los objetos expuestos y los ámbitos de la vida eclesial a los que Uds. pertenecen, dirigen nuestra mirada hacia otro reto fundamental. En el sentido de la *Dei Verbum* la pastoral bíblica no se reduce a un sector especial en corro de los distintos campos de trabajo pastorales sino que significa la inspiración y animación de todos los ámbitos de la pastoral. En este camino hacia una pastoral de conjunto, basada en la Biblia, en algunos lugares ya estamos algo adelantados y a menudo todavía al inicio del camino.

La poliformidad de los objetos expuestos de todo el mundo también indica una ulterior dirección, es decir la dimensión misionera y universal de la Palabra de Dios. La *Dei Verbum* subraya el poder auto-operante de la Palabra de Dios en las personas (*DV* 25) y de este modo contribuye a una renovación de la comprensión fundamental de la misión: «La Palabra de Dios está destinada a las personas, y el servicio a la Palabra ... no puede por eso limitarse a una reforma al interno de la Iglesia. En último análisis, este servicio está destinado a la humanidad como conjunto, pues no sólo la Iglesia, sino cada persona, en su más profunda intimidad, vive más de la Palabra de Dios ...» (cf. J. Ratzinger, *Comentario a la Dei Verbum*, en *LThK*, 1967).

La variedad universal de esta exposición es en último término también un testimonio de la plenitud y la diversidad de los accesos a la Biblia; corresponde perfectamente a la variedad de los contextos sociales, culturales y eclesiales. Ofrece un panorama del trabajo bíblico concreto en las partes más diferentes de nuestro globo. Da una pequeña impresión de la *dynamis* que está en la Palabra de Dios (y justifica así su dinámico título). Muchos de los métodos, claro está, pueden documentarse sólo a duras penas o de ninguna manera a través de materiales y objetos expuestos. En este resumen ya quiero remitirles al forum «Caminos creativos para la proclamación de la Biblia», que se celebrará mañana por la tarde, que ofrecerá el marco para experimentar concretamente también accesos prácticos a la Biblia como, por ejemplo, el bibliodrama.

Además: esta exposición tropieza rápidamente, a pesar de su variedad, con los límites. No sólo con los límites que nos imponen las presentes condiciones de espacio; nosotros habríamos podido aceptar de buena gana el doble de los objetos expuestos. Más bien estoy pensando a aquellos límites más allá de los cuales las fatigas y los «logros» en el trabajo en la viña del Señor no se dejan representar ni comprender. En este caso no cambian nada las cifras tan impresionantes (de nuevos bautismos, de traducciones de la Biblia, etc.), no cambia nada una exposición tan interesante. La «evaluación final» debemos y queremos en último término dejarla en manos del Señor de la viña.

Muy queridos congresistas, invitados, amigos y amigas, mi último deseo es que este congreso en ocasión del 40 aniversario de la *Dei Verbum* y que esta exposición que lo acompaña puedan darnos nuevos impulsos, nueva inspiración y nueva valentía para nuestro trabajo con la Palabra de Dios. Quisiera terminar con las palabras que la *Dei Verbum* hace suyas y que escoge en su último capítulo, por así decir, como perspectiva: por lo demás, oremos, hermanos y hermanas, para que la Palabra del Señor se difunda y brille – *Ut Dei Verbum currat!*

(Trad.: N. Caldusch-Benages)





«Dei Verbum audiens et proclamans» La Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum*

Cardenal Walter Kasper



El Cardenal Walter Kasper, después de ejercer como profesor de Teología Dogmática de las Universidades de Münster y Tübingen, ha sido obispo de la diócesis de Rottenburg-Stuttgart entre 1989 y 1999. En 1999 ha sido nombrado secretario del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, del cual es presidente desde 2001.

I. Un inicio memorable

La discusión sobre la Constitución Dogmática *Dei Verbum* ya inició en manera memorable en el aula conciliar. El esquema presentado por la comisión teológica preparatoria fue rechazado por una gran mayoría desde la primera sesión. Sin embargo, estando dicha mayoría apenas por debajo de los dos tercios necesarios, el mismo Juan XXIII tuvo que intervenir. Y lo hizo en tal modo que un observador protestante admitió de haber empezado a creer justo entonces en la infalibilidad del Papa. En cambio, el Santo Padre no hizo más que aquello que se suele hacer cuando se llega a un punto muerto: crear una comisión. El Papa Juan XXIII, para salir del «*impasse*», instituyó una comisión mixta bajo la co-presidencia de los Cardenales Ottaviani y Bea, que discutían entre ellos a causa de posiciones divergentes¹.

Gracias a las controversias de este primer período, el Concilio pudo desarrollar una clara conciencia de sí mismo. Cuando al final de la cuarta fase de sesiones el Papa Pablo VI intervino nuevamente con algunas enmiendas, para tener en cuenta también las opiniones de la minoría, el Concilio tuvo que asumir sus propios límites.

Los tonos fuertes que caracterizaron el inicio de las discusiones corresponden a los tonos aún más marcados del punto de vista del contenido que señalan el inicio del texto de la Constitución. Allí emerge con claridad la conciencia de sí mismos que el Concilio y la Iglesia tienen. La Constitución empieza con las palabras: «*Dei Verbum religiose audiens et fideliter proclamans*», «La Palabra de Dios la escucha con devoción y la proclama con valentía». Y añade que la Palabra de Dios escuchada con temor religioso y anunciada con valentía es un *praeconium salutis*, un mensaje salvífico, una Palabra de vida.

El proemio, es decir la primeras palabras del documento magisterial, indica, como de costumbre, la orientación de todo el texto. Así pues, se puede considerar como una clave de lectura de toda la Constitución. No sólo eso, con estas palabras iniciales el Concilio quería resumir la esencia de la Iglesia en su doble dimensión de escucha y proclamación. No se habría podido expresar mejor «la superioridad de la Palabra de Dios, su estar por encima de cualquier discurso y acción de los hombres de Iglesia». Mientras que en ciertos pasajes se podría tener la impresión de que el Concilio tiende hacia una imagen eclesiológica de puro reflejo, en la que la Iglesia gira alrededor de sí misma y hace de sí misma el objeto central del anuncio evangélico, en la formulación del inicio *Dei Verbum* «se abre hacia lo alto toda la existencia de la Iglesia, su esencia plena está resumida en el gesto del escuchar, el único gesto del que puede derivar su anuncio»². La Iglesia aquí se define como Iglesia que escucha, y solamente así puede ser también la Iglesia que proclama el Evangelio.

El Concilio no ha logrado mantener en el resto del texto el alto nivel obtenido en esta extraordinaria formulación. Para que la versión final del documento fuese aprobada con no más de seis votos contrarios, hubo que aceptar algunos acuerdos sobre diversos puntos y algunas cuestiones se dejaron en suspenso. A pesar de esto, incluso si la Constitución se hubiera limitado a formular esta afirmación inicial, ya habría valido la pena. Gracias a ella, de hecho, el texto puede considerarse, a pleno título, como un documento fundamental para la comprensión que la Iglesia tiene de sí misma.

II. El lastre de los problemas históricos

Las dificultades y las tensiones surgidas durante la redacción de la Constitución se pueden comprender fácilmente, si se tienen en cuenta los problemas que hay que superar, el lastre histórico que hay que soportar de todo lo que estaba en juego.

Si queremos hacer justicia al documento y reconocer su pleno significado, tenemos que dar un paso atrás y volver a las controversias de la época de la Reforma. Ya en el 1518 la disputa entre Martín Lutero y el Cardenal Cajetan giraba en torno a la competencia



del Magisterio en la cuestión de la exégesis bíblica³. En uno de los principales escritos reformadores de Lutero de 1520, *De captivitate Babylonica*, se encuentra la clásica definición de la Iglesia como *creatura verbi*⁴. El mismo Lutero, en 1537, momento culminante de las controversias entre católicos y protestantes, escribe en los *Schmalkadische Artikel*: «Artículo de fe debe ser la Palabra de Dios y ningún otro, ni siquiera un ángel»⁵. Esta afirmación quería ser una provocación, o mejor, una crítica destructiva. Con la ayuda de la Palabra divina que estaba muy por encima de la Iglesia, Lutero, como él mismo dijo, quería separar la Iglesia del Papa.

Con estas tesis, Lutero abrió el paso a controversias que no afectaban solamente la (indiscutible) necesidad de una reforma en aquel tiempo; tampoco se trataba simplemente de un conflicto de naturaleza social y política. Por mucho que estos factores hayan desempeñado su papel, el centro de la cuestión era teológico: la comprensión fundamental de la Iglesia en su relación con la Palabra de Dios. El Cardenal Cajetan ya lo advirtió en Augsburgo y delante de Lutero afirmó: «Yo lo llamo construir una nueva Iglesia»⁶.

Los Padres del Concilio de Trento comprendieron bien este reto. Conscientes de la necesidad de una renovación en la Iglesia, introdujeron con sus decretos una reforma global. La dimensión más profunda del problema se volvió a proponer a la atención de todos en la cuarta sesión de las discusiones en el *Decretum de libris sacris et de traditionibus recipiendis* del 1546. Allí el Concilio habló de «puritas ipsa Evangelii», pero añadió «puritas ipsa Evangelii in Ecclesia». Esta «in Ecclesia» marca la diferencia. De un tal «Evangelium in Ecclesia» los Padres conciliares afirmaron que era la única fuente, «fons» (en singular) «omnis et salutaris veritatis et morum disciplinae», de toda la verdad salvífica y de la disciplina moral (*DH*, 1501).

Detrás de la expresión «Evangelium in Ecclesia» no se esconde la estúpida reivindicación del Magisterio eclesial de gobernar y controlar el Evangelio. En la base hay más bien una larga tradición de eclesiología del Espíritu que remite a la Segunda Carta a los Corintios del apóstol Pablo. Allí Pablo describe la Iglesia de Corinto como una carta escrita no con tinta, no sobre tablas de piedra como la antigua alianza, sino dentro de los corazones de los fieles por medio del Espíritu de Dios (cf. 2 Cor 3,2ss.).

El gran padre de la Iglesia, Ireneo de Lyon, retomó este concepto en el siglo II y fundó así una larga tradición⁷. También Tomás de Aquino sabía que la *lex evangelii* no era ni una ley formal, ni un simple libro, sino la «gratia Spiritus Sancti, quae datur Christi fidelibus»⁸. Durante el Concilio de Trento esta concepción pneumatológica fue retomada por el Presidente Cervini,

quien subrayó que el Evangelio no fue escrito *in charta* sino *in cordibus* por el Espíritu⁹.

Si tenemos presente este nexo entre Evangelio e Iglesia fundado sobre el Espíritu, entonces el Concilio de Trento aparece bajo una luz decididamente mejor respecto a su reputación usual. Con toda objetividad, debemos considerar también sus decretos disciplinares, por desgracia no suficientemente conocidos, y constatar que el Concilio no solamente ha defendido el Magisterio y los sacramentos contra los reformadores, pero también ha intentado promover enérgicamente la predicación¹⁰. La Constitución *Dei Verbum* ha podido vincularse a esta tradición; por eso ha citado detalladamente, profundizado y ampliado el Decreto de Trento sobre la Sagrada Escritura y sobre la Tradición (cf. *DV* 7).

De todos modos, había que hacer un nuevo planteamiento, ya que la teología post-tridentina no había logrado mantener el alto nivel de la teología que había estado en la base del Concilio de Trento. Ésta desarrolló de hecho la teoría de las dos fuentes (en plural!) de la Escritura y de la Tradición, considerándolas como las fuentes lejanas de la fe respecto a aquella más cercana y directa del Magisterio de la Iglesia. Se llegó a creer que el Evangelio estaba directamente presente en el Magisterio y que el Magisterio, en último análisis, era auto-suficiente y no tenía que rendir cuentas a nadie. La Sagrada Escritura quedaba, pues, más o menos reducida a una cantera de donde se extraían pruebas escriturísticas a posteriori¹¹. Esta comprensión de la Biblia que no respetaba la historia tenía que conducir a un segundo conflicto, es decir, se enfrentó con la exégesis bíblica histórica que se estaba difundiendo cada vez más en el humanismo moderno y en el iluminismo. En el seno de la Iglesia Católica la situación estalló, con retraso, con la crisis del modernismo al final del siglo XIX e inicio del siglo XX.

Los modernistas (o, para ser más exactos, tendríamos que decir en muchos casos los «así llamados» modernistas) querían introducir en la Iglesia y en la teología el pensamiento histórico, tan determinante para la cultura moderna, y hacer que fuera útil y provechoso en ese contexto. Independientemente de las críticas más o menos justificadas que se puedan hacer, hay que reconocer que incluso «el modernista por excelencia» Alfred Loisy se movía por un interés apologético. El mismo Angelo Roncalli, de joven, estuvo influenciado por Ernesto Buonaiuti, sospechoso de modernismo; quizás este influjo ha sido *uno* de los factores que contribuyeron a la elaboración del programa de *aggiornamento* del Santo Padre¹².

El enfrentamiento con el modernismo incidía en cuestiones como la fundamentación científica de la Biblia, la inspiración y la infalibilidad de la Escritura, la relación



entre crítica histórica y Magisterio eclesial, el desarrollo de los dogmas. Después del *Syllabus* (1864), el Decreto *Lamentabili*, la Encíclica *Pascendi* (1907), el *Manifiesto antimodernista* (1910) y muchas otras tomas de posición, hoy anticuadas, de la Comisión Bíblica de la época, estas diatribas, a menudo muy ásperas, condujeron a endurecimientos deplorables y acusas recíprocas en el interior de la Iglesia católica.

La primera iniciativa que contribuyó a mitigar la situación fue la Encíclica de Pío XII, *Divino Afflante Spiritu* (1943), que reconocía por primera vez el método histórico y animaba a respetar los géneros literarios (cf. *DH*, 3825-31). La misma línea siguió la Encíclica *Humani generis* (1950) y varios documentos de la Comisión Bíblica elaborados entre 1948 y 1964 (cf. *DH* 3862-64; 3866-89; 3999). Estas nuevas afirmaciones magisteriales, sin embargo, no impidieron que en seguida, antes y durante el Concilio, surgieran acaloradas controversias¹³. Por tanto, fue inevitable que los debates en el aula conciliar sobre las cuestiones arriba citadas asumieran matices polémicos y dejaran alguna huella en el texto de la Constitución.

Sin embargo, en los años entre las dos guerras, la situación eclesial se había modificado profundamente. En la primera mitad del siglo XX, junto al movimiento litúrgico, el movimiento bíblico también se había convertido en una fuerza espiritual en el seno de la Iglesia que no podía ser ignorada. Grupos de estudio y reflexión sobre la Biblia, cursos de Sagrada Escritura, lectura cotidiana de la Biblia mostraron la riqueza pastoral y espiritual de la Palabra de Dios. También hay que recordar que el movimiento bíblico fue determinante para el movimiento ecuménico que surgió al mismo tiempo y fue promovido vivamente por el Concilio (cf. *UR* 1).

Sobre la base de estos desarrollos verificados en el seno de la Iglesia, el Concilio pudo dedicarse a las cuestiones relativas a la crítica histórica con un espíritu nuevo, positivo y constructivo. Esto ocurrió sobre todo con el reconocimiento de los autores bíblicos como «verdaderos autores» (*DV* 11). A propósito de la infalibilidad de la Escritura se excluyeron las cuestiones meramente concernientes a las ciencias naturales y se habló de la verdad que Dios quiere revelar «para nuestra salvación» (ibid.). El Concilio invitaba además a prestar atención a la intención original de los hagiógrafos, a aquello que ellos habían querido comunicar realmente, a los géneros literarios de la Escritura. De esta manera reconocía indirectamente la moderna historia de las formas y de la redacción del Evangelio (cf. *DV* 12). La preferencia ya no la tenía la Vulgata latina, como había sucedido en el Concilio de Trento (*DH* 1508; cf. 3006), sino el texto original (cf. *DV* 22)¹⁴.

Tomar en serio la dimensión histórica de la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura no significaba para el

Concilio ceder ante el espíritu del tiempo, sino reconocer la condescendencia divina en la historia y la eterna sabiduría de Dios, que alcanza su máxima realización en la encarnación del *Logos* eterno (*DV* 13).

La voluntad de resaltar desde el punto de vista histórico y sobre todo pastoral la intención original del mensaje bíblico abrió paso a un tercer problema. El Decreto tridentino había sostenido que la Escritura y la Tradición deben ser honradas «*pari pietas affectu reverentia*» (*DH*, 1502). Esta afirmación ahora suscitaba la cuestión de cómo conciliar lo que se había dicho con el reconocimiento de la particular importancia de la Escritura.

El teólogo dogmático Josef Rupert Geiselman, de Tubinga, se dedicó a dicha cuestión en el período inmediatamente anterior al Concilio. Durante sus investigaciones sobre la historia de la redacción del texto tridentino llegó a la sorprendente conclusión de que el Concilio de Trento no estaba totalmente convencido de que la fuente de la revelación se encontrase *partim-partim*, parte en la Escritura y parte en la tradición oral. El Concilio había dejado caer este *partim-partim* durante las discusiones para luego sustituirlo por un más rápido *et* y hablar simplemente de «Escritura y Tradición». Por lo tanto, según la tesis de Geiselman, Trento no había tomado una decisión, sino que había dejado en suspenso la cuestión de la relación entre Escritura y Tradición del punto de vista del contenido. Solamente después, en la teología y en el catecismo post-tridentinos, el *et* de nuevo se interpretó como *partim-partim*.

Para Geiselman, también era posible otra interpretación, según la cual el único Evangelio está contenido por entero tanto en la Escritura como en la Tradición. En ese sentido, la Tradición no queda disminuida sino revalorizada. No es un apéndice de la Escritura sino que contiene el Evangelio por entero; como *traditio interpretativa*, recibe de la teología católica una importancia fundamental para la exégesis bíblica¹⁵. Por esto, esas tesis no tienen nada que ver con el concepto reformador de *Sola Scriptura*, tal como este axioma se suele entender, o en un sentido que el mismo Lutero jamás había reconocido¹⁶. Sin embargo, con su interpretación, Geiselman se enfrentó con un antiguo prejuicio del Magisterio y provocó un acalorado debate sobre la auto-suficiencia contenutística de la Escritura, cuyo eco se dejó sentir con fuerza también en el aula conciliar.

En el fondo Geiselman había llegado a la respuesta a que llegó el Concilio Vaticano II después de muchas discusiones. Como Trento, también el Vaticano II, a propósito, dejó en suspenso la cuestión de la auto-suficiencia contenutística de la Escritura¹⁷. Según el Concilio, Escritura y Tradición no subsisten indepen-



dientemente una junto a la otra, sino que están estrechamente unidas y ligadas (cf. DV 10). A la Tradición compete la imprescindible función de interpretar la Escritura y sobre todo de verificar si esa interpretación es correcta. En este sentido, el Concilio dice que la Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado (DV 9).

A Geiselmann en seguida se le recriminó el haber planteado la cuestión de manera equivocada y el haber orientado la discusión en una dirección falsa, porque no había tenido en cuenta el concepto de Tradición pneumatológico que estaba en la base del Concilio de Trento¹⁸. Y es posible que, bajo este aspecto, Geiselmann estuviese realmente demasiado atado a la teología post-tridentina. Sin embargo, se le reconoce el mérito de haber allanado el camino que ha permitido salir del *impasse* y de haber sentado las bases para una teología más comprensiva de la Palabra de Dios.

III. Nociones sobre una teología de la Palabra de Dios

En la *Dei Verbum* el Concilio abordó con honestidad las cuestiones que habían quedado arrinconadas desde hacía demasiado tiempo, se interesó de nuevo por el problema ecuménico, suavizó la relación entre interpretación histórica y eclesiológica de la Escritura y acogió la primera en el seno de la Iglesia. Es innegable que muchos aspectos quedaron en suspenso y que hubo que aceptar algunos compromisos. Con todo, no podemos hablar de un texto insatisfactorio, desequilibrado o contradictorio¹⁹. No sería correcto medir la importancia de la *Dei Verbum* sólo en referencia a cuestiones internas de teología. La tarea de un Concilio no es responder a todas aquellas preguntas a las que los teólogos querrían encontrar una respuesta y, en la mayoría de los casos, una respuesta de su conveniencia.

La frase inicial de la Constitución sugiere claramente que el Concilio quiere ocuparse de cuestiones más amplias y profundas que aquellas que surgen (y es justo que así sea) en las disputas teológicas internas. Se trata, de hecho, de la esencia e importancia de la Palabra de Dios como *praeconium salutis*, mensaje de salvación y de vida. Con esa expresión el Concilio se refiere a la primera carta de Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de vida» (1 Jn 1,1).

En esta cita sorprende la referencia no solamente al escuchar, sino también al ver y al tocar; no es solamente revelación de la palabra, sino también revelación de los acontecimientos. El Concilio repite que Dios se manifiesta en palabras y obras que se ilustran

mutuamente (cf. DV 2)²⁰. En cuanto creativo y creador, el hablar de Dios es también un actuar. «Dicere Dei est facere», dice Tomás de Aquino²¹ y con esto retoma exactamente el significado original del término hebreo *dabar*, que corresponde sea a palabra, sea a acción. La teología de los Padres, como también la de la Alta Edad Media, subraya que la revelación tiene lugar en el seno de la historia de la salvación²². Solamente luego, la historia de la salvación fue enmarcada en un sistema doctrinal abstracto o interpretada en manera reductiva según criterios personalistas y existenciales.

Durante el Concilio, fueron sobre todo dos teólogos protestantes, Kristen E. Skydsgaard y Oskar Cullmann, quienes enfatizaron la importancia de la historia de la salvación; fueron escuchados sobre todo por el Papa Pablo VI. La revelación no es ni un mito extraño a la historia ni una especulación abstracta; se realiza en la historia, y ésta culmina en Jesucristo (cf. DV 2; 4; 7; 13).

La intensificación y condensación cristológica todavía hace más clara otra dimensión profunda. A través de palabras y obras Dios no revela una cosa: se revela a sí mismo. Refiriéndose a Ef 1,9 y a otros pasajes bíblicos (Col 1,26; 1 Tim 3,16), el Concilio habla de un «seipsum rivelare et notum facere sacramentum voluntatis suae» («revelarse a sí mismo y comunicar el secreto de su voluntad»). De este modo, da un paso decisivo hacia delante, pasa de una comprensión teórica-instructiva (como la llama Max Seckler) a una comprensión teórica-comunicativa²³. Esto significa que la Palabra de Dios no quiere instruir sobre realidades sobrenaturales o doctrinas arcanas a las que el hombre no puede acceder con la sola razón; se trata más bien de una comunicación de persona a persona. En la revelación Dios nos habla como se habla a los amigos, en su grandísimo amor (cf. DV 2; cf. Ex 33,11; Jn 15,14ss).

La interpretación personalista de la revelación tiene como consecuencia una comprensión personalista de la fe. De la «obediencia de la fe» (cf. Rom 16,26), prestada por el hombre al Dios que se revela, el Concilio dice que «por la fe el hombre se entrega libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela» (DV 5). En último análisis, la fe no depende ni de la palabra escuchada ni del acontecimiento salvífico experimentado, sino que descansa exclusivamente en Dios que se manifiesta en palabras y obras.

Tomás de Aquino ha presentado correctamente esta estructura fundamental de la fe. Sostiene que el objeto formal de la fe es Dios cual *prima veritas*; el objeto material es todavía Dios y todo lo demás en la medida en que tiene una relación con Dios²⁴. Esto permite evitar una sobrevaloración de la Palabra así como de las obras salvíficas, las cuales en la fe tienen meramente



un significado de mediación, o como se dice en teología, de signo sacramental. En este sentido, la fe no excluye sino que incluye contenidos concretos y también contenidos doctrinales. La Constitución ha querido mantener ambos aspectos, aunque hay que reconocer que no ha conseguido conciliarlos realmente²⁵.

El evento de la revelación es en el fondo un evento dialógico de comunicación. La comunicación realiza y se convierte en participación. La Palabra de Dios quiere que aquello que dice se convierta en una realidad presente. Se trata de una palabra eficaz (*verbum efficax*) que realiza y da lo que expresa (cf. Heb 4,12). Y ella no nos da simplemente una «cosa», sino que nos da el acceso al Padre (cf. Ef 2,18) y nos hace partícipes de la naturaleza divina (cf. 2 Pe 1,4). El fin de la revelación es claro, como ilustra la cita de la primera carta de Juan: «para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1,3). La Palabra de Dios como *praeconium salutis* es, pues, mensaje de comunión con Dios y con los seres humanos. En cuanto tal, es Palabra de vida (DV 1).

Este mensaje salvífico va dirigido a toda la humanidad. Por esto, el proemio de la *Dei Verbum* presenta la orientación de todo el documento citando a San Agustín: «para que todo el mundo con el anuncio de la salvación, oyendo crea, y creyendo espere, y esperando ame» (DV 1)²⁶.

Esta vocación universal será retomada en otras partes del texto, donde la Constitución habla de la revelación a partir de la creación y de la posibilidad (en línea con las afirmaciones del Vaticano II) de conocer a Dios con la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas (cf. Rom 1,20; cf. DV 3; 6). De todos modos, resulta significativo que el Concilio Vaticano II supere al Concilio Vaticano I cuando considera la creación no tanto como simple ordenación de la naturaleza cuanto como elemento del contexto cristológico. Dice que Dios ha creado todas las cosas por medio del Verbo (cf. Jn 1,3) y se refiere a la creación por Cristo y en Cristo (cf. 1 Cor 8,6; Col 1,16ss; Heb 1,2)²⁷.

Lamentablemente la *Dei Verbum* no desarrolla ulteriormente las consecuencias de este pensamiento tan importante. Sólo en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* se afirmará explícitamente que de Jesús y de su palabra proviene la luz que ilumina toda la realidad; de Cristo proviene también el sentido definitivo del ser humano, el significado de su vida, pero también el misterio del dolor y de la muerte (cf. GS 10; 22; 32; 45 y otros). Con una expresión muy feliz, la Constitución Pastoral observa que en su Palabra Dios no se revela solamente a sí mismo sino que también revela el ser humano al ser humano (cf. GS 22). En este sentido, la interpretación teológica de la Palabra de Dios como

Palabra de vida y como *praeconium salutis* también tiene que ser una interpretación existencial y consciente de las realidades del mundo; tiene que tomar en cuenta al ser humano y su existencia, de tal manera que la vida eterna y la perfecta comunión con Dios no caigan en el olvido, sino que se mantengan siempre como el verdadero objetivo del ser humano²⁸.

La Palabra de Dios ha venido a la historia una vez y, al mismo tiempo, una vez por todas, encontrando su realización en Cristo. Ahora tiene que ser comunicada como Evangelio por los apóstoles y por sus sucesores, los obispos, a todos los pueblos. Aun cuando la predicación apostólica se expresa «de un modo especial en los libros inspirados» (DV 8), no ha de entenderse como un simple libro sino como *viva vox evangelii*, «anuncio y grito de la gracia y la misericordia de Dios», como dijo (y no fue de los primeros) también Lutero²⁹. Los comentarios a la Escritura de Tomás de Aquino se colocan en la misma línea³⁰. Esta transmisión del mensaje se realiza de forma similar a la revelación: «en la predicación oral, con los ejemplos y las instituciones» (DV 7). Así pues, no se realiza sólo verbalmente, sino también por medio de hechos concretos. El Concilio lo resume diciendo: «así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y trasmite a todas las edades lo que es y lo que cree» (DV 8).

Esta interpretación de la Tradición ha levantado duras críticas de parte de algunos teólogos protestantes. Sus ásperas acusaciones partían de aquello que ellos consideraban una excesiva veneración de la Tradición y de la Iglesia³¹. La frase arriba citada sería, de hecho, inaceptable si con ella se entendiera una equiparación entre la Iglesia existente, real, con su vida concreta y el Evangelio. Se trataría de una presunción, porque sin lugar a dudas en la Iglesia existen muchos elementos que no sólo no corresponden al Evangelio, sino que incluso lo contradicen claramente. Al querer evitar este tipo de malos entendidos, el Concilio ha hablado no sólo de lo que la Iglesia es, sino sobre todo de lo que la Iglesia cree. La mencionada frase sólo se puede comprender dentro del contexto pneumatológico que constituye el fondo de todo el segundo capítulo de la Constitución.

La revelación que Dios hace de sí mismo en la historia se realiza, según el testimonio bíblico, en el Espíritu Santo, a través del cual la Palabra de Dios se escribe en el corazón de los fieles (cf. 2 Cor 3,2ss.). El Espíritu Santo nos recuerda continuamente la Palabra de Dios, pronunciada una vez por todas, y nos guía siempre más profundamente hacia la verdad toda entera (cf. Jn 16,13). La Tradición es, pues, la presencia de la Palabra de Dios en la Iglesia, una presencia que permanece en el Espíritu y que se renueva incesantemente. Por eso, en la tradición eclesial oriental, se entiende como epiclesis de la historia de la salvación³².



A través del Espíritu Santo prometido a la Iglesia, la Palabra de Dios, manifestada una vez por todas, se hace continuamente viva y presente en la Iglesia. El Concilio dice: «Así Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf. Col 3,16)» (DV 8). Esta afirmación expresa claramente que no hay identificación entre Palabra de Dios y palabra y vida de la Iglesia. La Iglesia no puede gestionar y administrar la Palabra de Dios. Sólo como Iglesia que escucha lo que el Espíritu tiene que decir a las comunidades (cf. Ap 2,7, etc.) ella puede ser Iglesia que proclama la Palabra.

Del Magisterio se dice por consiguiente que: «no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído» (DV 10).

Lamentablemente el Concilio no logró tratar ampliamente, en modo concreto, la función crítica de la Palabra de Dios, sino que se limitó a mencionarla con cautela, casi de paso, describiendo la Escritura como un espejo en el que se advierte ya desde ahora el Dios escondido (cf. DV 7), en el que, sin embargo – se podría añadir – podemos y tenemos que vernos a nosotros mismos en modo siempre crítico. El Concilio no presenta criterios concretos que permitan distinguir cuando en la Iglesia la palabra escuchada es Palabra de Dios o palabra meramente humana, o incluso palabra contraria a Dios. Joseph Ratzinger justamente ha observado que el Concilio perdió de esta manera una ocasión ecuménica³⁵. Como veremos a continuación, en la última parte de la Constitución, de carácter pastoral y espiritual, el documento sugiere en qué dirección hay que buscar la respuesta.

IV. Significado pastoral, espiritual y ecuménico de la *lectio divina*

Las orientaciones proporcionadas por la *Dei Verbum* han producido numerosos y buenos frutos después del Concilio, facilitando un cambio de ruta en la exégesis que ha enriquecido la teología en su conjunto y ha tenido un impacto importantísimo en el diálogo ecuménico. Sin la renovación bíblica, éste último habría sido impensable. Después del Concilio, la teología de la Palabra de Dios se ha puesto en movimiento con gran dinamismo³⁴. En este contexto, la teología católica ha aprendido mucho también de las grandes propuestas

avanzadas por la teología protestante del siglo XX³⁵. De gran importancia es también el significado pastoral y espiritual de la Constitución, cuyo capítulo sexto está dedicado a «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia».

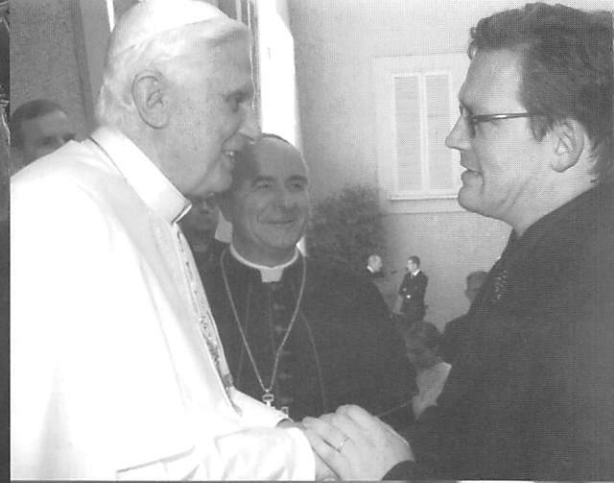
Este capítulo no es un simple apéndice, sino el punto culminante de toda la Constitución. Empieza con las palabras: «La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo (DV 21). Ésta es la antigua tradición de los Padres, que llega hasta Tomás de Kempis³⁶. Los Padres definen la Escritura como la encarnación del *Logos*³⁷ y afirman que la Iglesia vive de la Escritura como de la Eucaristía. Ambas son Cuerpo de Cristo y alimento del alma; ambas constituyen un único Misterio³⁸. Ambas forman la Iglesia que, a su vez, es Cuerpo de Cristo³⁹.

Por consiguiente, el Concilio, haciendo referencia a las Encíclicas sobre la Biblia del Papa León XIII (1893), del Papa Benedicto XV (1920) y del Papa Pío XII (1943), subraya la importancia particular de la Sagrada Escritura que, a diferencia de la Tradición, es Palabra inspirada por Dios (DV 8). El Concilio afirma también que la predicación eclesial debe nutrirse y regularse por la Sagrada Escritura (cf. DV 21; 24) a la que los fieles deben tener «fácil acceso» (DV 22). También se pone en evidencia la necesidad de hacer traducciones apropiadas y correctas, preferentemente a partir de los textos originales y, si es posible, en colaboración ecuménica (cf. DV 22). Se dice luego que «la Escritura debe ser el alma de la teología» (DV 24), y se añade que «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo», según palabras de San Jerónimo (DV 25).

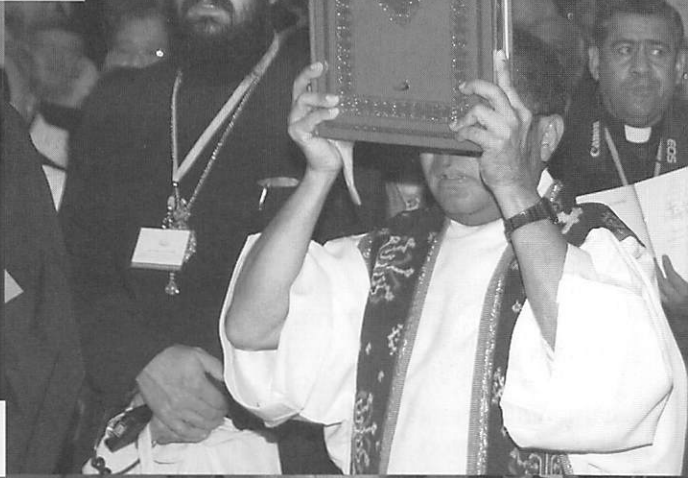
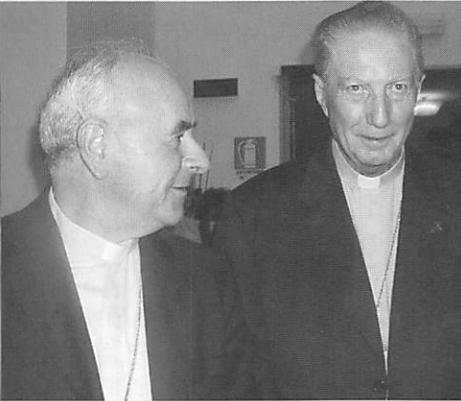
Como consecuencia de tales afirmaciones, el Concilio propone orientaciones concretas. Recomienda la lectura de la Escritura a los fieles en general (cf. DV 25), a los sacerdotes (cf. PO 13; 18), a los candidatos al ministerio sacerdotal (cf. OT 16), a los religiosos (cf. PC 6), a los laicos (cf. AA 32). Subraya la especial importancia de la Sagrada Escritura para la renovación litúrgica (cf. SC 24; 21; 51; 90; 92) y también para la música sacra (cf. SC 112; 121). Estas afirmaciones han modificado profundamente, en sentido positivo, la vida espiritual y la práctica devocional de la Iglesia. En una palabra, la Constitución ha demostrado ser espiritualmente provechosa.

Por desgracia, sin embargo, junto a las luces están también las sombras. A menudo la exégesis bíblica ha llegado a ser tan unívocamente docta, tan complicada y tan árida del punto de vista espiritual que se ha convertido, para el fiel medio, en un muro que obstaculiza

continúa en la pág. 22



Antes de la audiencia privada con el Papa Benedicto XVI se celebró una misa en San Pedro



El Cardenal Martini (derecha) conversando con el Presidente de la FEBIC, Mons. Paglia



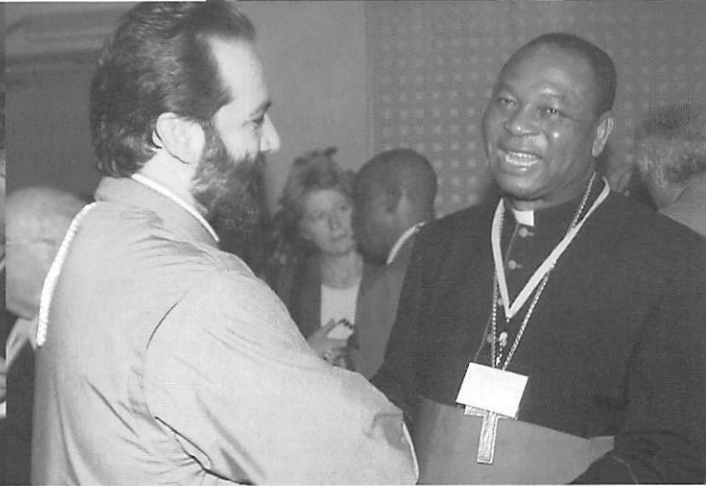
Los miembros del equipo internacional que organizó el congreso provenían de siete países



El Secretario General Schweitzer conversando con los Cardenales Kasper (centro) y Re (izquierda)



Expresando gran interés: Mons. Ablondi, Ex Presidente de la FEBIC



El Presidente del Consejo de las Iglesias de África, Mons. Onaiyekan, uno de los tres ponentes principales



Catholic Biblical Federation
Fédération Biblique Catholique
Federación Bíblica Católica
Katholische Bibelföderation



el acceso a la Escritura en lugar de facilitarlo. Algunos comentarios hablan más de las intenciones del redactor bíblico o de las diversas estratificaciones del texto que del mensaje que Dios nos comunica. Las numerosas palabras e hipótesis humanas ocupan el lugar de la Palabra de Dios. Todo esto ha llevado a una desintegración de la Biblia y a la pérdida de unidad interna del cánón. Afortunadamente, hay que contar con una revisión crítica de la crítica bíblica moderna, cuyo objetivo es enfatizar la perspectiva teológica más que aquella antropológica⁴⁰.

En el estudio bíblico a menudo se han impuesto métodos de carácter sobre todo asociativo, que se basan más en ideas subjetivas que en una comprensión objetiva del texto y que, por lo tanto, llegan más fácilmente a actualizaciones que inducen a error. Algunas interpretaciones psicológicas colocan en primer plano algunos aspectos exegéticos de importancia secundaria, mientras descuidan la auténtica interpretación original. En la legítima confrontación entre el texto y nuestras experiencias actuales, a veces se otorga más importancia a éstas últimas de cara a la exégesis y la crítica del texto, respecto a la importancia otorgada al mismo texto para la interpretación crítica de nuestras experiencias. A menudo se olvida que en la Biblia está viva la Palabra de Dios, la realidad divina.

Por esto, considero que la sugerencia práctica más importante de la *Dei Verbum* es la renovación de la tradición bíblica y patristica de la *lectio divina*⁴¹, que consiste en la lectura espiritual, hecha en comunidad o individualmente, de la Sagrada Escritura, acompañada de la oración; en ella, Dios nos sale al encuentro con su amor y establece con nosotros un diálogo (cf. DV 25). En ella está presente el mismo Jesucristo (cf. SC 7).

La lectura espiritual de la Biblia se remonta a la práctica sinagoga hebrea y a la tradición del Antiguo y del Nuevo Testamento (cf. Neh 8,1-8; Lc 4,16-21; Hech 13,14ss; 15,21). En la Iglesia corresponde a una tradición que va desde los Padres hasta la Alta Edad Media; en el cristianismo reformado ha encontrado especial apoyo sobre todo en el pietismo. Y Henri de Lubac nos ha propuesto nuevamente su riqueza en modo original⁴². La renovación de esta tradición es una tarea pastoral importante. Como modelo ejemplar de escucha espiritual de la Palabra de Dios encontramos en la Escritura la figura de María. María está completamente absorta en la escucha (cf. Lc 1,38), acoge la palabra en su fe y por su fe es llamada bendita (cf. Lc 1,45). Ella guarda y medita en su corazón todo lo que ha visto y oído (cf. Lc 2,19.51).

Naturalmente la lectura espiritual no es una panacea que resuelve todos los problemas de un solo golpe. No dispensa del esfuerzo exegético, mencionado en la segunda carta de Pedro, que pone en guardia contra una interpretación privada y personalista (cf. 2 Pe 1,21).

La Biblia está escrita para la comunidad. Se leía en la comunidad reunida y se transmitía de comunidad en comunidad. Así se ha desarrollado progresivamente el cánón de la Sagrada Escritura, durante un complejo proceso de recepción. Por esto la *Dei Verbum* subraya justamente que la Sagrada Escritura, como libro de la Iglesia, debe leerse e interpretarse en el sentido de la Iglesia (cf. DV 12; DH 1507; 3007).

La Palabra de Dios pertenece a todos; por lo tanto, debe ser interpretada con el consenso de todos⁴³. Se escucha la Escritura escuchando a todos aquellos que se han comprometido en interpretarla, escuchando, en modo sincrónico, lo que los demás escuchan junto a nosotros y, en modo diacrónico, lo que los demás han escuchado antes que nosotros. La justa interpretación de la Palabra de Dios puede tener lugar solamente con la participación de todos, cuando cada uno desempeña el propio papel, en modo distinto y diverso de los demás: se trata del testimonio del Magisterio, de los laicos, de los teólogos, de los santos y de las personas comunes, así como de la liturgia, del arte sacro y de la profecía en el mundo. En esto consiste la escucha católica de la Palabra de Dios⁴⁴, en el sentido original del término.

El significado ecuménico de la lectura y de la exégesis espiritual de la Biblia en la escucha sincrónica y diacrónica – de los demás y junto a los demás – nunca podrá ser valorado suficientemente. Se trata de reflexionar y discutir sobre los documentos originarios de nuestra fe común, de nuestro patrimonio común. De ese modo, no nos concentramos solamente en lo que desde ahora compartimos en la fe y en lo que desde ahora podemos hacer juntos, sino también en los esfuerzos que podremos realizar para hacer madurar la comunión eclesial ya existente, pero todavía incompleta, hasta su plenitud.

De hecho, si es verdad que Dios por medio de su Palabra reúne la Iglesia de los cuatro ángulos de la tierra, y si es verdad que la Palabra de Dios no puede existir sin el pueblo de Dios⁴⁵, entonces podemos decir que también hoy Dios continúa reuniendo a su pueblo ecuménicamente en la *lectio divina*. En ella se hace realidad la unidad que ya existe a nivel ecuménico, aunque no en manera plena, y prosigue el camino hacia su cumplimiento. Por lo tanto, el diálogo ecuménico es provechoso en la medida en que, concentrándose espiritualmente en la Palabra de Dios, cede el puesto al diálogo de Dios con los cristianos separados. La lectura y la interpretación espiritual de la Escritura es, pues, la respuesta sea al *malaise* ecuménico, sea al *malaise* exegético.

Promoviendo la renovación de la *lectio divina* el Concilio Vaticano II, sin darse cuenta, ha indicado la dirección en la que hay que buscar una respuesta a la



cuestión, todavía por resolver, de la función crítica de la Escritura. De hecho, en la lectura espiritual de la Biblia, la Palabra de Dios nos sale al encuentro sea en manera crítica como amonestación, sea en manera positiva como palabras de aliento; en ella la Iglesia, por así decir, se mira continuamente en el espejo. Resumiéndolo en una frase: en la lectura espiritual, la Palabra de Dios en la Iglesia sale *al encuentro* de la Iglesia. De esta manera, la Palabra de Dios puede ser una llamada constante a la renovación y a la conversión, ejercitando su función crítica en la *ecclesia semper purificanda* (LG 8)⁴⁶.

Quisiera concluir diciendo que en la *lectio divina* se realiza precisamente lo que las palabras iniciales de la *Dei Verbum* expresan en modo programático, es decir, «Verbum Dei religiose audiens». La *lectio* apela a la conversión y a la renovación; así y sólo así hace posible el *fideliter proclamans*, la proclamación fiel y nueva al mismo tiempo, el *praeconium salutis*, el testimonio de la Palabra de Dios para la vida del mundo, un testimonio siempre capaz de responder a las exigencias de los tiempos y de las circunstancias.

(Trad.: N. Calduch-Benages)

¹ Sobre la historia del Concilio en general y la Constitución *Dei Verbum* en particular: Storia del Concilio Vaticano II, ed. G. Alberigo, Vol. 1-4, Bologna, 1995-99. A. Marchetto, Il concilio ecumenico Vaticano II, Città del Vaticano, 2005. Sobre la interpretación teológica de la *Dei Verbum*: E. Stakemeier, Die Konzilskonstitution über die göttliche Offenbarung, Paderborn, 1966; J. Ratzinger, Kommentar zur Dogmatischen Konstitution über die göttliche Offenbarung, en: LThK Vat. II, Vol. 2 (1967), 498-543; 571-583; H. de Lubac, La révélation divine. Commentaire du préambule et du chapitre I de la Constitution *Dei Verbum* du Concile Vatican II, Paris, 1983 (alemán: Die göttliche Offenbarung. Kommentar zum Vorwort und zum ersten Kapitel der Dogmatischen Konstitution *Dei Verbum* des Zweiten Vatikanischen Konzils, Freiburg i. Br., 2001, 41-58); O. H. Pesch, Das Zweite Vatikanische Konzil. Vorgeschichte – Verlauf – Ergebnisse – Nachgeschichte, Würzburg, 1993, 271-290.

² Todas las citas están tomadas de: J. Ratzinger, Kommentar, 504.

³ Cf. O. H. Pesch, Hinführung zu Luther, Mainz, 1982, 107-109. Ver también la declaración de Lutero del 1521 antes de la Dieta de Worms: WA 7, 838.

⁴ WA 6, 561.

⁵ BSELK 421.

⁶ O. H. Pesch, Hinführung, 105.

⁷ Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* III, 4, 2; cf. 24,1. Otros textos en H. de Lubac, Geist aus der Geschichte. Das Schriftverständnis des Origenes, Einsiedeln, 1968, 233-290.

⁸ Tomás de Aquino, *Summa theologiae* I/II q. 106 a. 1. Tomás ofrece un razonamiento bíblico más detallado al respecto; también es interesante su comentario a 2 Corintios, c. 3 *lectio* 2.

⁹ Cf. Concilium Tridentinum, ed. the Goerresgesellschaft, Vol. V, 11; ver J. Ratzinger, Ein Versuch zur Frage des Traditionsbegriffs, en: K. Rahner – J. Ratzinger, Offenbarung und Überlieferung (QD 25), Freiburg i. Br., 1965, 50-69.

¹⁰ Cf. the *Decretum super lectione et praedicatione* de la 5ª sesión. En: *Conciliarum oecumenicorum Decreta*, ed. G. Alberigo et al., Freiburg i. Br., 1962, 643-646.

¹¹ Sobre esto, cf. W. Kasper, Die Lehre von der Tradition in der Römischen Schule, Freiburg i. Br. 1962, 40-47; Y. Congar, Je crois en l'Esprit saint, Vol.1, Paris, 1979, 207-217.

¹² Cf. M. Benigni – G. Zanchi, Giovanni XXIII. Biografia ufficiale, Milano, 2000, 68-70.

¹³ Un efecto sensacional lo causó el ataque frontal de A. Romeo, La Encíclica *Divino Afflante Spiritu* y las *opiones novae*, en: *Divinitas* 4, 1960, 387-456, donde habló de las «brumas nórdicas» que se abatían sobre una Roma ya desolada.

¹⁴ Sobre estas cuestiones, ver el comentario de A. Grillmeier, en: LThK Vat. II, Vol.2, Freiburg i. Br., 1967, 544-559.

¹⁵ J. R. Geiselmann, Das Konzil von Trient über das Verhältnis der Heiligen Schrift und der nicht geschriebenen Traditionen, en: Die mündliche Überlieferung, hrsg. Von M. Schmaus, München, 1957, 123-206; idem, Die Heilige Schrift und die Tradition, Freiburg i. Br., 1962. Ver también una tesis similar previa: E. Origues, Écriture et Traditions apostoliques, en: RSR 36, 1949, 271-299. El rechazo más fuerte llegó de H. Lennerz, Scriptura sola?, en: *Gregorianum* 40, 1959, 38-53. Una visión de conjunto equilibrada la presenta J. Beumer, Die mündliche Überlieferung als Glaubensquelle (Handbuch der Dogmengeschichte I/4), Freiburg i. Br., 1962. Fue desarrollada posteriormente sobre todo por Y. Congar, La Tradition et les traditions, I: Essai historique, Paris 1960; II: Essai théologique, Paris 1963.

¹⁶ G. Ebeling, *Sola Scriptura* und das Problem der Tradition, en: Wort Gottes und Tradition, Göttingen 1964, 91-143.

¹⁷ Cf. la Relatio del Arzobispo H. Florit del 25 de setiembre de 1964, reproducida parcialmente en: J. Ch. Hampe, Die Autorität der Freiheit, Vol. 1, München, 1967, 122-126.

¹⁸ Ver J. Ratzinger, Kommentar, 499.

¹⁹ Ver O.H. Pesch, Das Zweite Vatikanische Konzil, 286-290.

²⁰ Ver el comentario de H. de Lubac, op. cit. 62-91.

²¹ Tomás de Aquino, *Super II ad Corinthios* c. 1 *lectio* 2, nr.1.

²² San Agustín, *De vera religione* VII,13 habla de «historia et prophetia dispensationis temporalis divinae providentiae pro salutis generis humani in aeternam vitam reformandi eatque reparandi».

²³ M. Seckler, Der Begriff der Offenbarung, en: Handbuch der Fundamentaltheologie, ed. W. Kern et al., Vol. 2, Freiburg i. Br., 1985, 64-67.

²⁴ Tomás de Aquino, *Summa theologiae* II/II q. 1 a. 1.

²⁵ J. Ratzinger justamente critica esto en su Comentario, 505. Reflexiones importantes sobre la relación entre acción y contenido de la *doctrina* se encuentran en Tomás de Aquino. Cf. Y. Congar, *Traditio* und *Sacra doctrina* bei Thomas von Aquin, in: Kirche und Überlieferung (FS Geiselmann), ed. J. Betz – H. Fries, Freiburg i. Br., 1960, 170-210.

²⁶ San Agustín, *De catechizandis rudibus*, 4,8.

²⁷ El fundamento de este pensamiento se encuentra ya en la teología judía, según la cual el mundo fue creado de acuerdo a las dimensiones de la Torá. Cf. C. Thoma, Das Messiasprojekt. Theologie jüdisch-christlicher Begegnung, Augsburg, 1994, 72-74.

²⁸ Tomás de Aquino, *S. th.* II/II q. 1 a 6 en referencia a Heb 11,1: «fides principaliter est de his quae videnda speramus in patria».

²⁹ Martín Lutero, WA 12,259; cf. P. Althaus, Die Theologie Martin Luthers, Gütersloh, 1962, 71ss.

³⁰ Tomás de Aquino, *Super Romanos*, c. 1, *lectio* 1 define el *evangelium* como *bona annunciatio*, donde Cristo es el bien preeminente; Tomás además subraya el significado salvífico del evangelio (*lectio* 6). Cf. también *Super Galatas*, c. 1, *lectio* 2.

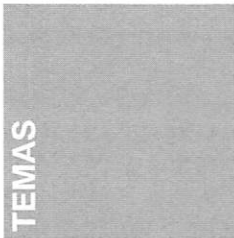
³¹ Ver K. Barth, Kirchliche Dogmatik I/2, 622-640 y muchos otros teólogos protestantes.

³² Ver al respecto la intervención de N. Edelby en el aula conciliar, en: J. Ch. Hampe, op. cit. 119-122.

³³ J. Ratzinger, Kommentar, 519-523.



- ³⁴ H. U. von Balthasar, *Verbum caro*, Einsiedeln, 1960; O. Semmelroth, *Wirkendes Wort*, Freiburg i. Br., 1962; L. Scheffczyk, *Von der Heilsmacht des Wortes*, München, 1966; K. H. Menke, Art. Wort Gottes, III, en: *LThK X*, 2001, 1301ss.
- ³⁵ K. Barth, *Kirchliche Dogmatik*, Vol. I/1 and I/2, Zollikon-Zürich, 1955. 1960; G. Ebeling, *Wort Gottes und Hermeneutik*, en: *Wort und Glaube*, Vol. 1, Tübingen, 1960, 319-348; E. Jüngel, *Gott als Geheimnis der Welt*, Tübingen, 1977, 307-543; W. Pannenberg, *Systematische Theologie*, Vol. 1, Göttingen, 1988, 251-281.
- ³⁶ Cf. J. Ratzinger, *Kommentar*, 572, Nota 1; Thomas a Kempis, *De imitatione Christi IV*, 11, 21ss.
- ³⁷ Ya se encuentra en Ignacio de Antioquía, *Philadelph. 5,1*; ulteriores referencias en particular de Orígenes, en H. de Lubac, *Geist aus der Geschichte*, 401-404; también en Jerónimo, *In Psalm 147,14,4; 80,3*.
- ³⁸ H. de Lubac, *ibid.* 415ss.
- ³⁹ *Ibid.* 427. Expresado concisamente por Tomás de Aquino: La Iglesia está constituida «per fidem et fidei sacramenta» (*S. th. III q. 64, a. 2 ad 3*).
- ⁴⁰ U. Wilckens, *Theologie des Neuen Testaments*, Vol. 1/1, Neukirchen, 2002, 15-20; 59-119.
- ⁴¹ Sobre las raíces bíblicas y patristicas, ver el artículo *lectio divina*, en: *Dictionnaire de Spiritualité*, IX, 470-496; sobre todo la introducción ya clásica de E. Bianchi, *Pregare la parola. Introduzione alla lectio divina*, Milano, 1973.
- ⁴² H. de Lubac, *Exégèse médiévale. Les quatres sens de l'Écriture*, Paris, 1959-64 y *L'Écriture dans la tradition*, Paris 1966 (pasajes escogidos en alemán en: *Typologie, Allegorie, geistlicher Sinn*, Einsiedeln, 1999); *Historie et Esprit Paris*, 1950.
- ⁴³ La doctrina del *consensus fidelium* «desde los obispos hasta los últimos fieles laicos» (LG 12) encuentra aquí su sitio. Aspectos parciales son la doctrina del *consensus patrum* (DH 1507) y del *consensus theologorum*, que lógicamente no se pueden establecer por medio de un agrupamiento mecánico de citas, sino solamente por medio de la capacidad espiritual del discernimiento.
- ⁴⁴ M. Seckler, *Die ekklesiologische Bedeutung des Systems der loci theologici. Erkenntnistheoretische Katholizität und strukturelle Weisheit*, en: *Die schiefen Wände des Lehrhauses*, Freiburg i. Br., 1988, 79-104.
- ⁴⁵ Martín Lutero, *Von den Konziliis und Kirchen* (1539), en: *WA 50*, 629.
- ⁴⁶ Ver Y. Congar, *Vraie et fausse réforme dans l'Église*, Paris, 1950; *Groupe de Dombes, Pour la conversion des Eglises*, Paris, 1991. ■



De Dei Verbum a Novo Millennio Ineunte El proceso de recepción de Dei Verbum a la luz del cambio de paradigma en los últimos 40 años

Arzobispo John Onaiyekan



Mons. John Onaiyekan, arzobispo de Abuja, Nigeria, es presidente de la Conferencia Episcopal de Nigeria y presidente del Simposio de las Conferencias Episcopales de África y Madagascar (SCEAM). Entre 1984 y 1990 ha sido miembro del Comité Ejecutivo de la FEBIC.

Introducción

El año pasado hemos celebrado los 40 años del Concilio Vaticano II. Cada uno de los principales documentos del Concilio merece una conmemoración especial y es justo y apropiado reunirnos estos días en el Congreso Internacional dedicado a *Dei Verbum*. Agradezco a los organizadores el gran honor concedido de hablar ante tan prestigioso público. El programa especifica el tema que me corresponde esbozar, esto es, la evolución en la vida de la Iglesia de la actitud hacia la Palabra de Dios en las Escrituras, «De Dei

Verbum a Novo Millennio Ineunte: el proceso de recepción de *Dei Verbum* a la luz del cambio de paradigma en los últimos 40 años». Pido excusas de antemano a quienes desearían un tratado académico ejemplar al respecto, pues, para esta ocasión, he preparado mi discurso como un comentario de distintas «instantáneas» sobre el tema que estamos tratando. Sin embargo, albergo la esperanza de que lleguemos a una panorámica que nos recuerde lo sucedido en los últimos 40 años y, en especial, nos ayude a ubicarnos ante las tareas que nos esperan.

En términos bíblicos, 40 años es un lapso importante. El pueblo de Israel transcurrió 40 años en el desierto; en ese tiempo, no sólo vagó por el desierto, sino que se convirtió en una poderosa comunidad adorante, que logró tomar posesión de la tierra prometida de Canaán. No olvidemos tampoco que el Señor Jesús permaneció en el desierto 40 días y 40 noches, durante los cuales fue tentado. El Señor resucitado transcurrió 40 días con sus discípulos antes de su ascensión y durante



ese tiempo confirmó su fe y los preparó para que recibieran el Espíritu Santo. Cuarenta años es el promedio de lo que dura una generación. Por todos estos motivos, es adecuado que celebremos los 40 años de *Dei Verbum*, es decir, del documento que, en el tiempo que ha seguido al Concilio Vaticano II, ha sido el referente de la actitud de la Iglesia hacia la Sagrada Escritura.

1. El Concilio Vaticano II

El Concilio Vaticano II, convocado por Su Santidad el Papa Juan XXIII, ya ha pasado a la historia como el Concilio que ha preparado la Iglesia para el mundo moderno. Ha sido descrito de distintas maneras, como el Concilio de la actualización, el Concilio de la unidad y el Concilio de la renovación. Sería oportuno, en esta conferencia internacional, llamarlo el Concilio de la Biblia. Es necesario leer el mensaje de *Dei Verbum* en este contexto general.

1.1 El Concilio de la actualización

Se dice que el proyecto del Papa era que las ventanas de la Iglesia se abrieran de par en par. Pero su finalidad no sólo fue hacer que entrara aire nuevo de afuera, sino también que el Espíritu de Dios que actúa en la Iglesia pudiera salir para renovar la faz de la tierra, lo cual implicaba una gran atención hacia las realidades que nos rodeaban y una lectura cuidadosa de los signos del tiempo. Este hecho ha sido entendido de varias maneras, algunas equivocadas, por distintas personas. La palabra italiana *aggiornamento*, es decir, «puesta al día», no implica que la Iglesia tuviera que optar por cualquier moda pasajera en el mundo o reconciliarse con ella. Se trata, en cambio, de que la Iglesia se presente de manera tal que pueda cumplir con mayor eficacia su misión en el mundo en que vivimos. Desde este punto de vista, podemos decir que, en general, las intenciones del Papa Juan XXIII y los objetivos del Concilio han sido respetados y se han cumplido, en buena medida, bajo la dirección de sus sucesores: Pablo VI, Juan Pablo I y, en especial, Juan Pablo II.

1.2 El Concilio de la unidad

Se ha designado al Concilio también como Concilio de la unidad, porque ha puesto en marcha un movimiento hacia la unidad que se ha propuesto abatir la gran cantidad de barreras que dividen a la humanidad. Y como «la caridad empieza por casa», se ocupó ante todo de las divisiones y fricciones en la Iglesia Católica, pero, en especial, enfrentó las barreras que han dividido las Iglesias cristianas durante siglos. De esta manera, ha dado un gran impulso al movimiento ecuménico, que ha acercado entre sí las distintas tradiciones cristianas. Además, el Concilio fue la causa de que la Iglesia entrara en contacto con los fieles de otras religiones y aun con quienes declaran no tener ninguna fe en Dios.

Todos estos impulsos han recibido expresión concreta en instituciones creadas específicamente para asegurar que se intentara cumplir con tan nobles objetivos por medio de programas de acción concretos y con vigor creciente. Y por eso actualmente contamos con los Consejos Pontificios para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, para el Diálogo Interreligioso y para la Cultura.

El Concilio fue celebrado en el contexto político de un mundo muy dividido. Dos bloques de poder se enfrentaban por entonces, el Este y el Oeste, el mundo comunista-socialista y el capitalista, con armas peligrosas, que amenazaban hasta la existencia misma de nuestro planeta. En cierta medida, las semillas de la posterior caída del comunismo fueron sembradas en el Concilio. Volviendo la vista atrás, podemos apreciar el importante papel desempeñado por la *Ostpolitik* de Pablo VI y el aporte de las intensas actividades políticas y diplomáticas impulsadas bajo Juan Pablo II para cooperar a la realización de los enormes cambios que podemos apreciar en el paisaje político del mundo. Ha nacido un nuevo orden mundial. Por desgracia, las ocasiones históricas para forjar un mundo mejor están siendo desperdiciadas por arrogancia e incapacidad o mera falta de voluntad de abrirse a los demás con espíritu de solidaridad global.

Ya en ese tiempo existía otra división en el mundo, entre ricos y pobres, que, desgraciadamente, ni siquiera se ha comenzado a resolver. Es más, se trata de una distancia que ha ido aumentando cada vez más. Los ricos han alcanzado avances gigantescos en lo científico y lo tecnológico, dejando siempre más rezagados a los países pobres. Nuestro amado continente africano se ha convertido en un continente olvidado en un mundo que corre hacia adelante, soslayando las nociones de solidaridad humana, equidad e incluso de mera justicia. El espíritu del Vaticano II, expresado en especial en las poderosas palabras de *Gaudium et Spes*, la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Moderno, brinda claras indicaciones sobre la manera de alcanzar mayor justicia. El Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, fundado después del Vaticano II, ha desplegado una actividad vigorosa para conseguir que las hermosas expresiones de la doctrina social católica no sean sólo palabras sino que lleguen a ser realidades concretas en nuestro complejo mundo moderno.

1.3 El Concilio de la renovación

El Concilio ha sido considerado también como el Concilio de la renovación. Pero el movimiento de renovación no comenzó en el vacío, sino que surgió del impulso de los movimientos de renovación ya existentes. Por ejemplo, el movimiento ecuménico ya se había puesto en marcha, aunque tan sólo en ámbitos restringidos, en el mundo católico y no católico. Ya había



comenzado en varias partes del mundo también lo que podríamos llamar un movimiento carismático de renovación, que, de alguna manera, «estalló» después del Concilio Vaticano II.

Por último, lo más importante para nuestro tema es el movimiento de renovación bíblica que ya había comenzado en distintos sectores de la Iglesia, sea a nivel de exégesis científica, como también a nivel del uso pastoral de la Biblia para el desarrollo espiritual del Pueblo de Dios.

El Concilio Vaticano II se ha manifestado como la ocasión favorable de Dios, el tiempo designado, el *kairos*. Y desde entonces la acción del Espíritu se ha movido con fuerzas renovadas.

1.4 El Concilio de la Biblia

Durante todas las sesiones conciliares, la Santa Biblia fue entronizada en el centro de la Basilica de San Pedro, en la que se reunía el Concilio y en la que tuvieron lugar todas las sesiones plenarias. Fue un símbolo clarísimo del papel central de la Palabra de Dios en todas las deliberaciones del Concilio. Este hecho es evidente en todos los documentos del Concilio, como puede verse por la abundancia de citas escriturísticas que los enriquecen. Ya el párrafo introductorio de *Dei Verbum* lo plantea claramente, cuando afirma que el Concilio fue convocado para escuchar con reverencia y proclamar con fe la Palabra de Dios. Podemos definir, pues, el Vaticano II como el Concilio de la Biblia.

El Concilio no se conformó con recurrir abundantemente a la Palabra de Dios, sino que le dedicó un documento entero, *Dei Verbum*, que fue promulgado como constitución dogmática, es decir al nivel más alto de las enseñanzas conciliares. No debe, pues, asombrar que, en cierta ocasión, el Papa Juan Pablo II haya deplorado el hecho de que la constitución no hubiera recibido toda la atención debida.

Pero, ¿cuál era el mensaje principal de este documento? Seré breve sobre este tema, porque estoy seguro de que será desarrollado más detalladamente por otros, y me conformaré con recordar algunos aspectos fundamentales de su mensaje.

El documento coloca la Sagrada Escritura en el contexto de la revelación, que, a su vez, es enmarcada en la historia de la salvación. Las palabras escritas de la Escritura tienen un vínculo orgánico con la revelación de Dios mismo a lo largo de los siglos hasta nuestros días y el fin de los tiempos. La Palabra de Dios permanece para siempre. La palabra escrita de la Escritura se ubica en el contexto de la revelación y surge de la inspiración que sus autores recibieron del Espíritu Santo. Al respecto, podemos observar con admiración la finura y el cuidado con que el Concilio elaboró la relación

entre la Tradición y la Escritura, tan discutida por mucho tiempo. La Iglesia custodia la Divina Revelación por medio de la Tradición. La Escritura es la síntesis de esta Tradición, pero una síntesis privilegiada, puesto que está inspirada por el Espíritu Santo. De esta manera se ha dejado indicado claramente el lugar de la Biblia en la Iglesia.

Muchos aspectos de la larga controversia fueron descritos en un lenguaje simple, pero profundamente respetuoso de la verdad, señalando el papel de la Iglesia incluso en la determinación de cuáles libros deben ser considerados como inspirados. La Iglesia es el garante final de la interpretación de la Biblia. Sin embargo, al mismo tiempo, la Iglesia no es independiente de la Escritura. La Escritura sigue siendo una guía fundamental y regla de fe y de vida para la Iglesia. Por ello, la Iglesia sigue celebrando la Palabra de Dios en la Escritura con la misma devoción y atención con que celebra la Palabra de Dios en la Sagrada Eucaristía. Se trata de mensajes de plenitud y vigor, que han seguido modelando la vida y la espiritualidad de la Iglesia Católica desde el Vaticano II.

2. Cuarenta años de *Dei Verbum* en la Iglesia

Ahora repasaremos y destacaremos algunos temas específicos vinculados con la recepción de *Dei Verbum* en la Iglesia en los últimos 40 años.

La mayor parte de los católicos actuales han sido modelados por el Vaticano II. Por cierto, los que conocieron y pueden aún recordar cómo era la Iglesia antes de 1965 son una minoría, quizá no en esta aula, pero seguramente fuera de aquí. Esta observación vale en especial para las nuevas Iglesias de África y Asia en las que la mayoría de los cristianos son jóvenes. Probablemente éste sea el motivo por el que tendemos a dar por descontados muchos de los importantes frutos de *Dei Verbum* en la vida de la Iglesia. Por eso motivo es importante detenernos en ellos, para que podamos seguir apreciando la gracia con que el Espíritu bendijo a la Iglesia a través de *Dei Verbum*.

2.1 La Biblia: el libro de la Iglesia

En gran medida, la Biblia se ha convertido en el libro de la Iglesia. Hubo un tiempo en que parecía que se disuadía a los católicos de que leyeran la Biblia. Por lo menos, según mi experiencia de niño en Nigeria, de alguna manera, era verdaderamente así. Hasta se consideraba que manejar una Biblia era típico de los protestantes. Los católicos acudían a la iglesia con el rosario y el misal y la fe se aprendía a través del Catecismo y los famosos libros de «Historias bíblicas». Los protestantes llevaban consigo la Biblia y, tal vez, un libro de cánticos a la iglesia y a la escuela dominical.



Esta actitud de «prudencia» en lo referente al acceso directo a la Biblia tenía sus razones: existía una preocupación válida sobre el peligro de caer en el error doctrinal por haber interpretado erróneamente la Biblia. Después de todo, ¿no había advertido el mismo San Pedro que los que no tuvieran instrucción podrían leer la Biblia para su desgracia espiritual?

Pero, después de *Dei Verbum* muchas cosas han cambiado al respecto y ahora la Biblia es en gran medida el libro sagrado de los católicos. El mismo Concilio ha recomendado insistentemente que sea posible el acceso a la Biblia a todos los fieles. Muchos se ha trabajado, pues, para tener ediciones católicas de la Biblia, ya sean traducciones o nuevas ediciones. Y además del texto mismo de la Biblia, ha habido una explosión de trabajos sobre la Escritura de distintos niveles, dirigidos a diferentes categorías de fieles. Todos sabemos en qué medida la Biblia ha caracterizado la nueva etapa de la liturgia. En especial, el nuevo leccionario ha puesto al alcance de todos una selección más amplia de lecturas escriturísticas. Junto con la liturgia eucarística, las celebraciones bíblicas se han vuelto comunes. Para los miembros de las distintas formas de la renovación carismática católica, el amor hacia la Biblia es a menudo tan fuerte como la insistencia en los dones del Espíritu. Todo ello no existía antes del Vaticano II y debemos dar gracias a Dios porque todo ha cambiado.

2.2 La Escritura como alma de la teología

Dei Verbum reafirmó que la Sagrada Escritura debe ser el alma de la teología. Después del Vaticano II, la Escritura se ha convertido en el centro del amplio espectro de la investigación teológica. Ahora, cada rama de la teología se preocupa ante todo por dar un sólido fundamento bíblico a sus afirmaciones. De esta manera, los estudios bíblicos se han vuelto vitales para la teología en su conjunto. Los profesores de Sagrada Escritura ocupan, pues, una posición esencial y desempeñan un papel fundamental en todas las instituciones teológicas, en especial en los seminarios, donde se preparan los pastores de la Iglesia.

2.3 El florecimiento de la exégesis científica

La exégesis científica ha sido promovida no sólo por *Dei Verbum*, sino también por documentos anteriores, como las encíclicas *Divino Afflante Spiritu* y *Providentissimus Deus*. Los estudios bíblicos han recibido un impulso notable, no sólo en el famoso Instituto Bíblico de Roma sino también en muchas otras instituciones de altos estudios eclesiásticos en todo el mundo. Hace tiempo que la vieja polémica sobre la medida en que los métodos exegéticos científicos son compatibles con la posición católica sobre la Biblia ha sido resuelta y ahora los católicos se encuentran en la vanguardia de los estudios bíblicos y ya pueden

enfrentarse con mayor osadía investigaciones sobre la interpretación de la Biblia. Los institutos de alto nivel dedicados a la investigación bíblica han surgido en todo el mundo y, paralelamente, se acrecen las asociaciones científicas de exégetas. Bajo la supervisión de la Congregación de la Doctrina de la Fe, la prestigiosa Pontificia Comisión Bíblica, sigue modulando y moderando el paso de la exégesis científica católica. Las publicaciones y los productos literarios y electrónicos se distribuyen abundantemente. Lo más significativo es el volumen de los materiales que han divulgado exitosamente los frutos y los esfuerzos de los exégetas científicos. Y todo ello ha sido para el bien del pueblo de Dios y mayor gloria de Dios.

2.4 La dimensión ecuménica

Entre los frutos positivos de *Dei Verbum* en estos últimos 40 años hay que destacar en especial su impacto ecuménico. El proyecto de la Iglesia Católica de entrar en contacto con otras comunidades cristianas tiene varios aspectos que están siendo desarrollados con vigor por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. En gran medida su labor ha sido posibilitada por el progreso en la comprensión de la Biblia que ha surgido en la Iglesia gracias a *Dei Verbum*. No es, pues, casual que este Congreso Internacional se celebre bajo el patrocinio de este Pontificio Consejo. Este hecho es coherente con la circunstancia de que la supervisión eclesiástica de la Federación Bíblica Católica, es decir, del apostolado bíblico de la Iglesia, se hace desde el mismo Pontificio Consejo.

Es sabido que uno de los factores que han provocado la división triste y trágica de la cristiandad es la distinta interpretación de la Sagrada Escritura. Por la gracia del Espíritu Santo, esa misma Escritura que había sido la manzana de la discordia se ha transformado paulatinamente en nuestro punto común de referencia. *Dei Verbum* ha alentado claramente un acercamiento ecuménico a la Escritura, que ha sido realizado con energía y éxito. Se trata de un ámbito en el que el Concilio Vaticano II ha tenido una gran repercusión sobre nuestros hermanos y hermanas de otras tradiciones cristianas. Desde el momento en que la exégesis científica logró definir criterios objetivos compartidos para entender lo que realmente dice la Biblia – en lugar de interpretaciones distorsionadas, fundadas en condicionamientos teológicos previos – los cristianos han logrado leer y usar la Biblia con el objeto de llegar a una comprensión común de lo que dice la Sagrada Escritura. Este hecho ha provocado una gran revolución en las relaciones entre nuestras Iglesias y también ha permitido que nuestra Iglesia participara plenamente en las traducciones ecuménicas e interconfesionales de la Biblia y en su publicación y distribución. Esta circunstancia adquiere una importancia especial en los países de misión, donde en el pasado se han



malgastado energías, puesto que los católicos rechazaban el uso de las llamadas traducciones bíblicas «protestantes». De manera parecida, muchas organizaciones científicas que estudian la Escritura tienen un perfil ecuménico y allí aúnan sus esfuerzos los exégetas católicos y no católicos por mejorar nuestra comprensión común de la Palabra de Dios contenida en la Escritura.

Este hecho ha tenido un notable impacto positivo sobre la teología ecuménica. A menudo se ha pretendido que las divisiones y fricciones entre las Iglesias cristianas se fundaban en discrepancias doctrinales que escapaban a las competencias de cada Iglesia. Pero, a medida que se lograba una lectura común, se fue vislumbrando también la posibilidad de abrir una brecha en lo referente a muchos de los temas teológicos que durante muchos siglos habían parecido intocables. Un ejemplo típico es el acuerdo logrado recientemente entre la Iglesia Católica y la tradición luterana en la controversia secular sobre la justificación, problema que como es sabido, no sólo ha separado a católicos y luteranos, sino que también ha tenido consecuencias en nuestras relaciones con la mayoría de las demás confesiones protestantes. Otros aspectos en los que se ha desarrollado una reflexión ecuménica común comprenden la Eucaristía, el reconocimiento recíproco de los ministerios y la primacía del pontífice romano. Cada vez más a menudo, cuando examinamos la labor de las comisiones bilaterales que discuten los problemas teológicos que dividen a las Iglesias, vemos que, de vez en cuando, la división entre las opiniones teológicas atraviesa nuestras fronteras confesionales. Esto sucede porque en cada tradición se ha alcanzado ahora mayor libertad para acoger varias interpretaciones del mismo texto, siempre que esa diversidad sea compatible con nuestra fe común. Esta circunstancia ha hecho menos aceptables las razones (o las excusas) a las que hemos echado mano para permanecer divididos.

La Providencia ha querido que yo tuviera una experiencia bastante larga al servicio de la Iglesia en el apostolado de las discusiones ecuménicas. Primero trabajé a nivel bilateral con la Iglesia Metodista. En tiempos más cercanos, he trabajado a nivel multilateral como miembro católico de la Comisión Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias. Desde esta experiencia he llegado a convencerme profundamente de que realmente son pocos los obstáculos verdaderos que aún nos separan en las cuestiones teológicas. Además, estoy persuadido de que incluso esos problemas que actualmente parecen separarnos quizá puedan encontrar una solución, con la buena voluntad necesaria de todos los interesados, en obediencia a la inspiración del Espíritu Santo. Por otra parte, hemos visto mejor que lo que ahora mantiene divididas las Iglesias está relacionado más estrechamente con

nuestra historia y nuestra herencia política pasada. La Comisión Fe y Constitución ha promocionado en tiempos recientes un estudio muy interesante sobre el peso de los factores étnicos y nacionales en las divisiones entre las Iglesias y en los programas ecuménicos. El resultado de ese estudio es verdaderamente interesante y es de esperar que sea tomado muy en serio. En nuestro mundo, lleno de divisiones peligrosas, el ecumenismo ha adquirido una importancia decisiva. No podemos seguir postergando. Si los discípulos del Señor Jesús y los que proclaman su mensaje no pueden hablar con voz unánime, ¿cómo podrá creer el mundo? El papel de la Sagrada Escritura en esta labor es obvio y *Dei Verbum* ha indicado el ritmo y la dirección que hemos de seguir si deseamos obtener progresos apreciables.

2.5 Las Escrituras judías

Dei Verbum se expresa de manera muy clara sobre la importancia permanente de las Escrituras judías, es decir, lo que llamamos Antiguo Testamento y que, para los judíos son simplemente «las Escrituras». El documento afirma la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y reconoce claramente el papel del pueblo de Israel como receptor y transmisor providencial de la revelación veterotestamentaria. Todas estas expresiones constituyen un fundamento bíblico firme para las afirmaciones importantes del Concilio sobre la actitud de la Iglesia hacia el pueblo de Israel y su papel permanente en la historia de la salvación (véase *Nostra Aetate*). No hace mucho que la Pontificia Comisión Bíblica ha publicado un estudio de gran autoridad sobre la cuestión, que ha sido recibido de manera positiva en ambientes cristianos y judíos.

Desde la promulgación de *Dei Verbum*, se ha desarrollado un diálogo sin demasiada resonancia, pero constante e importante, entre la Iglesia Católica y los representantes de distintas tendencias en la comunidad judía actual. Esos contactos y discusiones comunes, algunos oficiales, otros no, se basan en los cimientos puestos por *Dei Verbum*.

No deja de tener importancia el hecho de que la estructura encargada de este diálogo no sea el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, sino el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. El mensaje es claro: con los judíos somos por lo menos primos, si es que no hermanos y hermanas en la fe. Es probable que estas innovaciones positivas sigan produciéndose, y sean acaso más rápidas, bajo Benedicto XVI, quien ya ha tenido varios encuentros de alto nivel con jefes judíos, el primero de ellos inmediatamente después de su entronización como Papa.

Todo esto nos lleva a reflexionar sobre lo que nos depara el futuro.



3. Mirando hacia adelante

Cuarenta años son un lapso muy largo en la vida de un individuo y a la vez un período breve en la vida de la Iglesia. Desde el punto de vista de la Iglesia de Dios, que ya tiene 2.000 años, 40 años sólo son el comienzo de la recepción del Concilio Vaticano II y, por lo tanto, de *Dei Verbum*. Por ello, debemos tener paciencia con nosotros mismos, aunque tengamos la impresión de no haber logrado plenamente las metas y los objetivos de *Dei Verbum*. Por lo contrario, deberíamos dar gracias a Dios por los avances cumplidos en un plazo relativamente corto. Examinaremos desde este punto de vista algunos aspectos que pueden ser considerados como nuestro programa para los próximos años.

3.1 Consolidar las ganancias

En primer lugar, debemos subrayar que es necesario consolidar los progresos ya alcanzados, pues, aunque parezca una obviedad, no siempre se lo reconoce. Es necesario mantenernos alertas ante cualquier tentativa de deshacer lo conseguido. Es un peligro que aumentará a medida que nos alejemos de la promulgación de *Dei Verbum*. Los resultados positivos que acabamos de mencionar deben ser recordados constantemente y sostenidos con todas nuestras fuerzas.

3.2 Vigilar por el equilibrio

Es necesaria la vigilancia cuidadosa del equilibrio en algunos aspectos de la manera en que manejamos la Escritura en la Iglesia. *Dei Verbum* ha presentado con mucho cuidado la relación entre la Escritura y la Tradición y así ha de ser preservado ese equilibrio. Sabemos, a través de nuestra experiencia de los últimos 40 años, que no siempre es tarea fácil. Por supuesto, hay quienes, arrastrados por la nueva ola de entusiasmo bíblico, se han volcado a una suerte de fundamentalismo bíblico: son los que exigen que prácticamente todo lo que hacemos esté fundado y justificado por un pasaje concreto de la Escritura. En mi país, por ejemplo, a nosotros los católicos nos plantean constantemente la pregunta: «¿Dónde se encuentra en la Biblia?». Debemos estar en condiciones de dar una respuesta razonada y equilibrada a esos desafíos. Hay también quienes tienen la reacción opuesta y que creen que tanta insistencia en la Biblia es una manera de rendirse al protestantismo, porque la Biblia no es propia de la Iglesia Católica. En estos casos asistimos a la tendencia de querer volver a la tradición, a una Tradición vista como superior y contraria a la Escritura. Otros, de parecer semejante, consideran que el Concilio Vaticano II ha sido un trágico error. Por suerte, se trata de una minoría, que en ningún caso debe ser alentada.

Igualmente, es necesario mantener el delicado equilibrio entre la Sagrada Escritura y la doctrina de la

Iglesia. Por un lado, la Escritura sigue siendo el alma de la teología y la regla de la fe en el sentido de que la Iglesia no puede enseñar nada que contradiga la Escritura entendida correctamente. Por otro, puesto que la Iglesia ha recibido la verdad del Evangelio del Señor Jesús aún antes de recibir la Sagrada Escritura, debe quedar claro que el fundamento de su fe no puede basarse sólo en la Escritura. Por eso, debemos evitar controversias innecesarias y fútiles sobre temas de esta naturaleza. No debemos avergonzarnos de admitir que algunas de nuestras doctrinas, por ejemplo la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, no son fáciles de justificar exclusivamente desde la Escritura.

3.3 Exégesis científica para todos

Desgraciadamente, el mundo actual está muy dividido entre ricos y pobres. Hay quienes gozan de todos los medios de la tecnología moderna y quienes no tienen acceso a ellos. Esta división del mundo se da también en el ámbito de la exégesis científica. En muchos lugares, en especial en los países pobres, que son al mismo tiempo también países de misión, las posibilidades de producir exégesis científica son muy escasas, sea que se hable de instituciones o de publicaciones e instrumentos para la investigación. Bajo este aspecto, debemos expresar nuestra gratitud a la Congregación para la Propagación de la Fe de Roma y también a las Pontificias Sociedades Misioneras que, en muchos países, han sustentado en las Iglesias más pobres la instrucción de exégetas hasta el nivel más alto de competencia profesional. Muchos, entre quienes yo mismo me encuentro, hemos tenido el privilegio de estudiar en las mejores instituciones extranjeras, sea en el *Biblicum* de Roma, sea en otros ateneos de tal envergadura. Estamos agradecidos también por los aportes que se hacen para promover la labor que estamos tratando de cumplir en nuestros distintos países, por medio del establecimiento de programas y proyectos de instituciones científicas en nuestros contextos culturales y eclesiales. Pero es necesario hacer mucho más al respecto. En especial, hay que realizar un esfuerzo por establecer facultades teológicas que puedan tener programas exegéticos científicos. Muchos de nuestros exégetas, al volver a su patria con una buena formación se encuentran con que allí faltan estructuras adecuadas, incluso libros y hasta periódicos.

Ya lleva más de veinte años de vida una organización llamada *Panafrican Association of Catholic Exegetes (PACE)*, que simplemente lucha por no sucumbir por falta de medios financieros adecuados y estables. Esta organización reúne dentro de sus posibilidades a los exégetas de toda África para que reflexionen sobre distintos temas escriturísticos. Su último encuentro tuvo lugar hace una semana en Kinshasa (República Democrática de Congo). Muchos de sus trabajos han sido publicados, pero muchos más aguardan una ocasión. En especial, es un problema



constante recaudar fondos para organizar encuentros. Estos obstáculos no desaparecerán mientras nuestras Iglesias sigan viviendo en países pobres o empobrecidos. Esperemos que este Congreso Internacional pueda hacer propuestas sobre problemas de esta naturaleza.

En los países ricos es más común el problema inverso; allí la exégesis científica se ha vuelto tan profesional que puede seguir por su camino, no sólo independientemente de la Iglesia, sino también olvidando del todo los problemas de la comunidad cristiana. Este peligro se vuelve mayor en los sitios en que la exégesis científica es simplemente una materia universitaria más en academias laicas sobre las cuales la Iglesia no tiene ningún control. La libertad científica puede convertirse en licencia para decir lo que se quiera. En el mundo académico, a menudo los autores venden no porque hayan dicho la verdad, sino porque han dicho algo que aparece discutible, y a veces es difícil resistir a la tentación de escribir *pour la galerie* y hacer dinero. Probablemente una solución parcial ante este problema sería que la Iglesia dedicara la mayor atención posible hacia sus propias instituciones de exégesis científica y las financiara lo suficiente como para retener y mantener a exégetas competentes, capaces de presentar la Palabra de Dios de manera científica al mercado de las ideas y las publicaciones. Si en verdad afirmamos que la Escritura es el alma de la teología y que la exégesis es sumamente importante para la vida de la Iglesia, esto debe reflejarse en el presupuesto económico de la Iglesia.

3.4 Acceso amplio a la Escritura

«El Evangelio ha sido predicado a los pobres». Esta cita está tomada de Isaías y, leyéndola, Jesús afirmó que se había cumplido en la sinagoga de Nazaret. Se trataba de uno de los signos de la llegada del Mesías. Es verdad que a menudo los pobres están más dispuestos a recibir el Evangelio que quienes son ricos y se sienten autosuficientes. Si ello es verdad, entonces tenemos que hacer que el Evangelio sea accesible a los pobres. *Dei Verbum* afirmó con mucha claridad que la Sagrada Escritura debe ser ampliamente accesible a todas las categorías de fieles de Cristo. Esta imperiosa recomendación, es decir, posibilitar a todos el acceso amplio a la Escritura, todavía debe cumplirse, en especial en los países pobres, empezando por el elemental acceso al texto sagrado: en muchos lugares el precio de una Biblia está fuera del alcance del católico medio. Ello se debe a menudo a que las llamadas «Biblias católicas» se importan del extranjero y son mucho más caras que las Biblias protestantes que gozan de fuertes subsidios.

Al respecto, tenemos que reconocer la gran contribución que muchos hacen para que los países pobres y de misión dispongan de ediciones baratas de la Biblia.

La Federación Bíblica Católica se ha empeñado en este proyecto durante más de tres décadas. Lo han hecho, en especial, la Sociedad de San Pablo, en sus institutos femenino y masculino, y la Sociedad del Verbo Divino (que tiene un balance envidiable al respecto). Pero aún queda mucho por hacer.

Los obstáculos al acceso a la Escritura no se agotan en el aspecto económico y la necesidad de textos a precios razonables. Existen también barreras lingüísticas en sitios donde no hay traducciones a los idiomas locales. En especial en África y en los países pobres, donde la tasa de analfabetismo es muy alta, no es posible subestimar la importancia de las traducciones. Los analfabetos no podrán leer la Biblia sin ayuda, pero podrían tener acceso a la Palabra de Dios si fueran dueños de una Biblia leída por otras personas. Cuando era niño, ya desde los seis o siete años, mi padre solía pedirme que le leyera pasajes de la Biblia en nuestro idioma local a la familia cuando por la noche nos reuníamos después de cenar para compartir la Palabra de Dios. Si no hubiera existido una Biblia en nuestro idioma local, hubiera sido muy distinto tener que leerla en inglés y traducirla simultáneamente. Desgraciadamente, es lo que sigue pasando en muchas partes del mundo.

En general, los protestantes han trabajado mucho en las traducciones bíblicas y, según mi experiencia personal, nosotros hemos quedado muy a la zaga. En mi país, Nigeria, actualmente soy el presidente del Comité para las Traducciones de la Sociedad Bíblica de Nigeria. Nos cuesta encontrar a católicos que quieran abocarse por entero a los proyectos de traducciones a nuestras lenguas locales. Sin embargo, los miembros de la Sociedad Bíblica, en su mayoría protestantes, admiten constantemente que, desde el punto de vista teológico y científico, los sacerdotes católicos poseen mejor preparación que la generalidad de los pastores para trabajar en las traducciones. En parte, ello tal vez se deba a la renuencia, que aún no ha desaparecido del todo, ante la idea de cooperar con los protestantes en las traducciones bíblicas, una vacilación que ya no debería existir. Desde hace muchos años el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos publicó normal muy útiles para la cooperación interconfesional en la traducción de la Biblia, que nosotros los católicos y las Sociedades Bíblicas interconfesionales hemos encontrado muy eficaz y aceptable.

Estoy convencido de que debemos insistir cada vez más en la necesidad de traducciones. A menudo limitamos nuestros esfuerzos a los llamados «idiomas principales», con el resultado de que mucha gente sigue condenada a escuchar la Escritura en un idioma, para ellos el segundo y a veces el tercero, que les resulta poco familiar. También en este caso, los protestantes



han hecho más que nosotros, insistiendo en que, aun en el caso de que hubiera sólo diez mil personas que hablaran un idioma, tienen derecho a tener su Biblia. Como podemos ver, todavía tenemos un largo camino por recorrer.

El acceso a la Sagrada Escritura exigirá también que preparemos programas que promuevan el amor hacia la Escritura entre nuestra gente. Esto debe hacerse en la catequesis, y además ofreciendo formas atractivas de presentar la Palabra de Dios. También en este caso es necesario producir Biblias que estén al alcance de categorías especiales de lectores, como, por ejemplo, Biblias para niños, para personas de edad y también Biblias para los que tienen problemas de vista, etc. Algo se ha hecho en este sentido, pero pienso que sea necesario hacer mucho más.

Dei Verbum ha planteado una sugerencia muy interesante, es decir, que se trate de producir Biblias para lectores no cristianos. No he visto muchos esfuerzos en este sentido. Parece ser como si esta frase de *Dei Verbum* hubiera sido leída por pocas personas. Sin embargo, estoy convencido de que allí donde el esfuerzo se ha hecho, no ha dejado de tener su impacto. El motivo de esta labor es la convicción de que la Sagrada Escritura es más cortante que una espada de dos filos que puede penetrar hasta el corazón y llegar hasta la gente donde menos lo esperamos. Nos dicen que entre los nómadas del desierto del Sáhara, que son musulmanes, ha comenzado a haber cristianos porque han escuchado programas bíblicos por radio, sin haber encontrado jamás a un predicador cristiano. En este caso, podemos ver que la fuerza de la Palabra de Dios trabaja con independencia de nuestros esfuerzos. En Nigeria, ya tenemos Biblia en hausa, que es el idioma hablado por la gran mayoría de nuestros musulmanes. Tenemos también un proyecto de producir una versión hausa en alfabeto árabe, dado que la mayoría de nuestros musulmanes leen con mayor facilidad la escritura árabe que el alfabeto occidental, aun cuando no estén en condiciones de entender un texto árabe. El proyecto ha suscitado la oposición de algunos sectores musulmanes fanáticos, porque afirmaban que apuntaba claramente a engañar a los musulmanes para hacer que leyeran la Biblia mientras creían que leían el Corán. Por supuesto, no era ése el motivo, pero el proyecto tampoco suscitó mucho apoyo por parte de la comunidad cristiana. Quizás esta conferencia pueda volver a retomar esa recomendación, planteándose qué más se puede hacer en los próximos años para producir ediciones especiales de la Biblia para los no cristianos de distintas religiones.

3.5 El desafío de las nuevas tecnologías

Por último, queda toda el área de las nuevas tecnologías de la comunicación. Si la Palabra de Dios es su

comunicación a la humanidad, entonces ésta no puede no recurrir en todo lo posible a los medios de comunicación modernos. Ya el Papa Pablo VI advertía que Dios no perdonaría a la Iglesia si no lográramos usar con el máximo provecho los medios de comunicación modernos, que son la bendición de Dios para nuestra generación. Entre 1965 y el día de hoy han ocurrido muchas cosas en este ámbito. La radio y la televisión han dejado de ser lo que eran entonces y ahora prevalecen la comunicación instantánea y la televisión por cable y satélite. No podemos quedarnos rezagados en este aspecto. Recuerdo que hace unos veinte años, cuando los ordenadores e internet empezaban a aparecer, el hermano Ferdinand Poswick, un monje benedictino de la abadía de Maredsous, activo por aquel entonces en la Federación Bíblica Católica, nos hablaba constantemente de Biblia y ordenadores y que éste sería el derrotero para el futuro. En aquel momento, no entendíamos del todo lo que decía, pero ahora lo tenemos claro. La autopista de la comunicación está actualmente atestada de mensajes profanos, de pornografía y materiales criminales. También la Palabra de Dios debe lograr penetrar en ese mismo canal, para que el mundo crea. También en este sentido, parece que los protestantes están trabajando mucho más en el ámbito de la radio, la televisión e internet. Sería bueno que aunáramos nuestros esfuerzos con los de ellos en toda ocasión posible, aunque también es necesario que tengamos nuestras propias iniciativas católicas. Estoy convencido de que se trata de un ámbito en el que la Federación Bíblica Católica debería alentar a la Iglesia en todo el mundo a tomar iniciativas más vigorosas. Observemos que, de alguna manera, la moderna tecnología de la información abrevia la distancia entre ricos y pobres. Actualmente, hasta en la aldea más pobre de África se ha vuelto posible usar una computadora con internet, sólo a través de la energía solar y la comunicación por satélite, lo cual no era posible hace veinte años y, por supuesto, menos aún en 1965. Esto significa que con la nueva tecnología podemos alcanzar nuevas fronteras y llegar a más gente. En los próximos años tenemos que tomarlo en seria consideración. Se trata de un ámbito en el que la simple improvisación no es suficiente y se requiere la colaboración de expertos y técnicos de alto nivel. Entiendo que, de buenas a primeras, la inversión parezca elevada, pero los resultados a largo plazo justificarán el gasto.

Se trata también de un área en la que hay una necesidad urgente de solidaridad a nivel mundial: quienes han sustentado las actividades de la Iglesia en los países más pobres deben considerarlo una prioridad. Es bueno y adecuado ayudar a que la gente siga construyendo iglesias. Pero un programa de radio bien preparado puede hacer llegar a muchas más personas el mensaje del Evangelio, en especial a quienes quizá nunca acudirían a nuestras iglesias.



3.6 Llamado a un Sínodo Ordinario sobre la Palabra de Dios

Quisiera concluir estas reflexiones con un pedido, es más, un llamado que desearía, con todas mis fuerzas, que fuera aprobado y apoyado por esta augusta asamblea, esto es, pedirle al Santo Padre que convoque lo antes posible una Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre «La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia». Ahora, como bien sabemos, los sínodos se han vuelto un aspecto importante de la Iglesia posconciliar. Durante su largo pontificado, el Papa Juan Pablo II los convirtió en un instrumento fuerte y eficaz de colegialidad y solidaridad pastoral, recurriendo a ellos también para llamar la atención sobre problemas urgentes de la Iglesia.

Retrospectivamente, podemos ver que los sínodos han confirmado y retomado muchos temas del magisterio del Vaticano II, como indican los siguientes ejemplos, que pueden ser relacionados con documentos conciliares específicos:

- a) Evangelización – *Ad Gentes*
- b) Justicia y paz – *Gaudium et Spes*
- c) Laicado – *Apostolicam Actuositatem*
- d) Formación sacerdotal – *Presbyterorum Ordinis* y *Optatam Totius*
- e) Vida consagrada – *Perfectae Caritatis*
- f) Obispos – *Christus Dominus*

Ha llegado el momento de examinar *Dei Verbum*, en especial, las cuestiones planteadas en su capítulo 6. En una audiencia privada concedida al Comité Ejecutivo de la Federación Bíblica Católica en 1986, el Papa Juan Pablo II lamentó que *Dei Verbum* hubiera sido «tan desatendida». No me parece que la situación haya mejorado demasiado desde entonces.

Dentro de poco celebraremos un Sínodo General Ordinario sobre la Eucaristía que, seguramente, retomará muchos de los temas de *Sacrosanctum Concilium*. Desde el punto de vista teológico, sería muy apropiado que le siguiera un Sínodo sobre la Palabra de Dios. Al fin y al cabo, DV 21 afirma que: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor», y luego agrega que la Iglesia «no ha dejado de ... distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia». Se ve con claridad que en esta «mesa única», la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo se encuentran asociados.

Recordemos que desde los años 80, hemos hablado a menudo de una «nueva era de evangelización ... hacia el año 2000». El año «mágico» ha llegado y se ha ido y ahora se corre el riesgo de que el entusiasmo por una nueva evangelización empiece a desdibujarse. Un

Sínodo sobre la Biblia sería una manera muy eficaz de hacer vivir el espíritu de la nueva evangelización *más allá* del año 2000. Estos aspectos fueron tratados por el Papa Juan Pablo II en su encíclica programática *Novo Millennio Ineunte*. Un Sínodo sobre la Palabra de Dios daría un nuevo impulso a su proyecto.

Conclusión

El Concilio Vaticano II ha sido un don de Dios para el mundo actual, puesto que ha preparado a la Iglesia para los grandes trastornos que han sacudido el mundo en tiempos recientes. *Dei Verbum* es uno de los pilares principales del Concilio. La Iglesia de Dios ha vivido muchos cambios y mejoras gracias a los mensajes del Concilio Vaticano II, y en especial los de *Dei Verbum*. Estamos comenzando el nuevo milenio, y no podremos cumplir plenamente con el programa trazado por Juan Pablo II en *Novo Millennio Ineunte*, si no volvemos a insistir con energía en la Escritura en la vida de la Iglesia y en el mundo de nuestros días. Como dice justamente *Dei Verbum*, Dios, nuestro Padre celestial, sigue hablándonos a través de nuestras experiencias de cada día y de las vidas de los que nos han precedido. Pero, en especial, nos habla en la Sagrada Escritura, inspirada por el Espíritu para nuestra salvación. Que la Palabra de Dios more en nuestros corazones ahora y siempre. Amén.

(Trad.: S. Voicu)

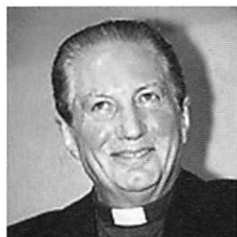
□



La centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia

La animación bíblica de toda la pastoral

Cardenal Carlo M. Martini, sj



El Cardenal Carlo Maria Martini, jesuita, ha sido durante largo tiempo rector del Pontificio Instituto Bíblico y arzobispo de Milán de 1979 a 2002. Actualmente vive en la Tierra Santa.

El título que me ha sido confiado para describir mi tema es complejo. Consta de dos partes (papel de la Palabra en la Iglesia y animación bíblica de la pastoral). Parece que la relación entre ambas partes sea evidente, pero en realidad no es tan fácil explicarla con rigor científico.

Se podría poner en evidencia este hecho explicitando el texto con algunas preguntas, como por ejemplo: ¿Cuál es el papel de la Palabra de Dios en la Iglesia? ¿Por qué este lugar es central (y no dificulta otras centralidades, en particular la de Cristo)? ¿Qué relación hay entre esta centralidad de la Palabra y el lugar de la Sagrada Escritura en la Iglesia? ¿Cómo animar con la Escritura la vida cotidiana de los fieles en su dedicación al Reino de Dios? Y todavía: ¿Qué relación tiene todo esto con la Revelación que da título al documento del que celebramos su 50 aniversario?

Como es obvio, no puedo profundizar en cada una de estas preguntas que ciertamente ya han sido planteadas los ponentes que me han precedido. Sin embargo, yo las he planteado aquí al principio para que la complejidad y la amplitud del tema se hagan manifiestas. Me limitaré a subrayar algunos aspectos prácticos relativos sobre todo a la animación bíblica de la pastoral. Evidentemente, el texto fundamental de referencia para este tema es la Constitución Dogmática *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II. Esta Constitución ya ha sido presentada en sus aspectos teológicos por el Cardenal Kasper y su recepción en estos 40 años por Mons. Onaiyekan. Me limitaré, pues, a los puntos siguientes:

1. Quisiera empezar con un recuerdo personal y con un testimonio del queridísimo Papa difunto Juan Pablo II.
2. ¿Cuáles eran los problemas abiertos en el tiempo de la *Dei Verbum*?
3. ¿Cómo los afrontó el Concilio?

4. ¿Cuál era la presencia de la Escritura en la vida de la Iglesia en el tiempo del Vaticano II?
5. ¿Qué aportó la *Dei Verbum* en cuanto a la presencia de la Escritura en la Iglesia?
6. ¿Cuáles han sido las consecuencias para la animación bíblica del ejercicio pastoral, sobre todo en lo que concierne la *lectio divina* de los fieles?

1. Recuerdo personal y testimonio del Papa Juan Pablo II

Quiero empezar mi conversación con un recuerdo del queridísimo Papa difunto Juan Pablo II. Es un recuerdo que me atañe personalmente, porque en su penúltimo libro, titulado *Levantaos, vamos*, habla del obispo como «sembrador» y «servidor de la Palabra» y dice (p. 36):

Tarea del obispo es hacerse servidor de la Palabra. Justo como el maestro se sienta en la cátedra, aquella silla situada emblemáticamente en la Iglesia llamada «Catedral». Él se sienta para predicar, para anunciar y para explicar la Palabra de Dios.

El Papa añade que evidentemente hay diversos colaboradores del obispo en el anuncio de la Palabra: los sacerdotes, los diáconos, los catequistas, los maestros, los profesores de teología y un número siempre mayor de laicos preparados y fieles al Evangelio.

Pero sigue (y esto me afecta muy de cerca):

Sin embargo, nadie puede sustituir la presencia del obispo que se sienta en la cátedra o que se presenta en el ámbon de su iglesia episcopal y personalmente explica la Palabra de Dios a las personas que se reúnen a su alrededor. También él, como el escriba que se convierte en discípulo del reino de los cielos, se parece a un padrón de casa que extrae de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas. Tengo el gusto de mencionar al Cardenal Carlo María Martini, arzobispo emérito de Milán, cuyas catequesis en la catedral de su ciudad atraían a multitud de personas, a las cuales él revelaba el tesoro de la Palabra de Dios. Su ejemplo es solamente uno entre los muchos que demuestran cuán grande es el hambre de la Palabra de Dios entre la gente. ¡Cuán importante es saciar esta hambre! Siempre me ha acompañado la convicción de que, si quiero saciar en los demás esta hambre interior, es necesario que, siguiendo el ejemplo de María, yo sea el primero en escuchar la Palabra de Dios y meditarla en el corazón.



He citado esta página porque me recuerda momentos entrañables vividos en la catedral de Milán, en particular con miles y miles de jóvenes que escuchaban en silencio la Palabra de Dios. Y la he citado para rendir homenaje a la memoria de Juan Pablo II que gentilmente ha querido mencionarme en este su penúltimo libro. Pero con esto quiero también afirmar que la posibilidad que nosotros tenemos hoy de saciar abundantemente el hambre de la Palabra de Dios de tanta gente es también el mérito del documento del Concilio del que celebramos los 40 años, es decir, la *Dei Verbum*.

2. ¿Cuáles eran los problemas abiertos a propósito de la Escritura en la época del Concilio?

Me limitaré a algunos aspectos, justo lo necesario para poner de relieve el tema que nos interesa. De hecho, hojeando las crónicas de la época, es fácil darse cuenta de que los problemas más significativos en el ámbito de los estudios bíblicos y de la presencia de la Escritura en la Iglesia al menos eran tres.

1. La relación Tradición – Escritura. Éste era un tema muy candente especialmente en el Norte de Europa, en el ámbito del diálogo entre protestantes y católicos. Se trataba de responder a la pregunta si la Iglesia extrae sus dogmas de la Sagrada Escritura o también de una tradición oral que contiene cosas no dichas por la Escritura.

El Concilio de Trento, cuatro siglos antes, ya había discutido el problema y había dejado de lado la fórmula que se había propuesto, es decir, que las verdades reveladas se encuentran «*partim in libris scriptis et partim in sine scripto traditionibus*», a favor de una fórmula que no agravara el problema: las verdades reveladas se encuentran «*in libris scriptis et sine scripto traditionibus*»: o sea, no *partim – partim* sino *et – et*.

El problema se presentaba entonces crudamente, a raíz de discusiones encendidas por parte de estudiosos recientes, católicos y protestantes. El Concilio lo trató ampliamente. Pero no es mi tarea reconstruir aquí la historia de esta problemática. A continuación mencionaré solamente la solución a la que se llegó.

2. La aplicación del método histórico-crítico a la Sagrada Escritura y el problema anexo de la inerrancia de los libros sagrados. Se había logrado un cierto progreso respecto a la doctrina muy rígida del pasado con el reconocimiento de la validez de los géneros literarios, y esto gracias a la Encíclica *Divino Afflante Spiritu* de 1943. Pero la cuestión quedaba todavía pendiente, y culminó en una exasperada polémica a finales de los años 50. El blanco de esta polémica era sobre todo la enseñanza del Pontificio Instituto Bíblico, acusado de no tener en cuenta la verdad tradicional de la inerrancia de los libros sagrados.

El problema no afectaba solamente la interpretación de la Escritura, sino también la relación cotidiana de los fieles con la Biblia. Si se obligaba a los fieles a una interpretación de tipo casi fundamentalista de los libros sagrados, no pocos de entre ellos, sobre todo los más eruditos y preparados, se habrían alejado.

3. Tema muy candente, que nos afecta particularmente en esta ponencia, era también el del «movimiento bíblico», que desde hacía más de cuarenta años estaba favoreciendo una nueva familiaridad con los textos sagrados y un acercamiento más espiritual a la Escritura, entendida como fuente de oración e inspiración para la vida. Pero se trataba de iniciativas un poco elitistas, sometidas a sospecha y crítica. Era importante reconocer oficialmente lo que había de bueno en este movimiento, regular este nuevo florecimiento de iniciativas, darles un lugar en la Iglesia, corregirlas en caso necesario, valorando a fondo los peligros de desviación que todavía hoy se repiten a propósito de esta lectura de la Biblia de parte de los laicos.

Estos son, pues, los grandes temas que agitaban el ánimo de los Padres conciliares. No estaba en juego, en cambio, el concepto de revelación, que de hecho luego se reveló determinante para la elaboración de toda la Constitución.

3. ¿Cómo tuvo lugar, en el ámbito del Concilio, el proceso de clarificación sobre estos temas, y sobre todo sobre el tercero, es decir, la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia?

El esquema preparatorio de estos argumentos, realizado por la comisión encargada, fue propuesto a los Padres conciliares el 14 de noviembre de 1962 con el título *Constitutio de fontibus Revelationis*.

Aquella primera sesión fue tempestuosa. El Cardenal Liénart dijo simplemente: «*Hoc schema mihi non placet*». En la misma línea se manifestaron, con fuertes críticas, los Cardenales Frings, Léger, Koenig, Alfrinck, Ritter y Bea. En sentido opuesto hablaron, en cambio, otros Padres. Fue así que con muchas fatigas y tensiones se llegó al voto del 20 de noviembre. Con gran descontento de muchos prevaleció la opinión de continuar la discusión. El Papa Juan XXIII intervino con un gesto de gran sabiduría, imponiendo que se retirase el esquema para encargarlo a una nueva comisión para que lo rehiciera.

A partir de entonces se inició una gran tarea que produjo numerosas formas de texto, la última de las cuales fue aceptada el 22 de setiembre de 1965. Sin embargo, todavía se proponían «modos» diferentes. Fueron valorados e incorporados en el texto que se sometió a votación el 20 de octubre de 1965. Se llegó así a la votación definitiva el sucesivo noviembre que registró 2344 votos a favor y 6 votos en contra.



¿Cuáles fueron los puntos que se clarificaron mejor en la nueva redacción que recibió el título de *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación o Dei Verbum*, sus palabras iniciales, que se incorporaron gracias a una propuesta hecha en la última discusión (septiembre 1965)? Recuerdo cinco.

1. El concepto de «revelación» que, como he dicho, no era un punto a discutir al inicio del Concilio, pero que poco a poco se fue perfilando durante las discusiones y la reelaboración del texto hasta que se expresó como se encuentra ahora en el número dos de la Constitución: no referido a las verdades sino al hecho de que Dios mismo se comunica: «Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (DV 2).

Esta clarificación sobre la naturaleza de la revelación tuvo un efecto positivo en todo el texto, y favoreció una acogida favorable del mismo.

2. Un concepto amplio de Tradición. Respecto a lo que se solía decir anteriormente, el Concilio presentaba, en el texto definitivo de la Constitución, un concepto amplio de Tradición, que se expresaba así: «La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree» (DV 8). Se afirmaba así la unidad de Tradición y Escritura, contra cualquier tentativa de separación: «La Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin. La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo» (DV 9).

En el número siguiente se describe la relación entre las tres grandezas: Tradición, Escritura y Palabra de Dios: «La Tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia» (DV 10).

3. Frente a las discusiones sobre la interpretación de la Escritura y especialmente sobre la ausencia de todo error en ella, el Concilio proponía en su formulación definitiva una concepción amplia de la inerrancia. En el primer esquema preparatorio se hablaba de una inerrancia «in qualibet re religiosa vel profana». El texto definitivo (DV 11) afirma que «los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra». Con esto se acallaron muchas y ociosas discusiones del pasado sobre dicho argumento.

Pero a nosotros aquí nos interesa sobre todo el trabajo que el Concilio dedicó a la importancia y centralidad

de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia. El Concilio, en su redacción final, recibe las instancias fundamentales del movimiento bíblico y promueve una familiaridad orante de todos los fieles con toda la Escritura. Sobre este tema el Concilio trabajó en todas las sesiones, hasta la última, con numeras redacciones del texto, propuestas y enmendaciones de última hora, que hacen que la historia de este capítulo sea muy compleja y difícil de describir. Me limitaré a los puntos fundamentales, partiendo de la situación de la Escritura en la Iglesia católica en la época del Vaticano II.

4. ¿Cuál fue la presencia de la Sagrada Escritura en la Iglesia en la época del Vaticano II?

La situación hasta el inicio del siglo XX se podía describir con las palabras de Paul Claudel, que afirmaba: «El respeto hacia la Sagrada Escritura no tiene límites: se manifiesta sobre todo estando lejos!» (cf. *L'Écriture Sainte*, en *La Vie intellectuelle* 16 [1948] 10). Aunque estas palabras parezcan exageradas, reinaba entre los católicos una cierta lejanía, sobre todo de los laicos, respecto a la Sagrada Escritura (aunque los modos de contacto con su contenido eran muchos). Esta lejanía se explica por muchas razones, una de ellas, no la última, fue que hasta el siglo XVIII era una minoría la que sabía leer y escribir. Pero la razón principal era una cierta desconfianza de las autoridades eclesiásticas hacia la lectura de la Biblia por parte de los laicos. Esta desconfianza nació a raíz sobre todo de la reforma protestante y de otros movimientos, en vigor desde la Edad Media, que promovían un contacto directo de los laicos con la Escritura, pero separando de hecho su lectura del contexto eclesial. Hasta la Edad Media no se tuvo noticia de ninguna medida que limitara el acceso a la Escritura, aunque el precio prohibitivo de los manuscritos dificultaba el uso directo de parte de los fieles. Se tienen noticias de auténticas restricciones a partir de algunos Concilios regionales, por ejemplo, el de Toulouse en 1229 en ocasión de la lucha contra los Albigenses y el de Oxford del 1408 a raíz del movimiento de Wicleff. Otras prohibiciones siguieron en Inglaterra, Francia y otros sitios. Pablo IV en 1559 y Pío IV en 1564, al promulgar el índice de libros prohibidos, prohibieron también imprimir y tener Biblias en lengua vulgar, a no ser con un permiso especial. Esto correspondía a un impedimento práctico que afectaba a muchos laicos: no poder acercarse a toda la Biblia en lengua vulgar. De hecho se seguía imprimiendo sólo la Vulgata latina. Por ejemplo, en Italia, después de una primera traducción italiana anterior al Concilio de Trento, del 1471 (la llamada Biblia de Malermi), hubo que llegar hasta finales del 1700, es decir a la traducción de Antonio Martini, para tener una Biblia traducida en italiano para los católicos. En 1757 se habían permitido de manera general las ediciones en lengua vulgar traducidas de la Vulgata, siempre y cuando fuesen aprobadas por las autoridades competentes y tuviesen



notas. La Biblia de Martini se basaba en la Vulgata latina, mientras la primera versión católica a partir de los textos originales apareció en Italia sólo en la primera mitad del 1900.

El movimiento bíblico gozaba en cambio de un contacto directo y una familiaridad orante de todos los fieles con el texto completo de la Escritura en la lengua del pueblo, traducida a partir de los textos originales. Este movimiento quería, en sus expresiones más maduras, que la lectura se realizara en el cuadro de la Tradición de la Iglesia, definida precisamente en el sentido como la citaría la *Dei Verbum*, es decir, la totalidad de aquello que la Iglesia transmite en la vida, en el culto, en la oración y en la doctrina. No quería ser un movimiento solamente para algunas élites. Por esta razón, había que superar no pocas resistencias e incomprendimientos, que todavía no han desaparecido del todo ni siquiera hoy.

5. ¿Cuál fue la aportación del Concilio a la presencia de la Escritura en la Iglesia?

El Vaticano II trata este tema sobre todo en el capítulo VI de la *Dei Verbum* que lleva por título *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*. Desde el principio enuncia un principio fundamental (DV 21): «Toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura». Después de esta afirmación el capítulo aplica este principio a las traducciones en lenguas modernas, a la necesidad del estudio profundo de los textos sagrados de parte de los exegetas, subraya la importancia de la Sagrada Escritura en la teología y finalmente recomienda la lectura de la Biblia a todos los fieles. Después de recomendar la lectura de la Sagrada Escritura a todos los clérigos, en primer lugar a los sacerdotes, a los diáconos y catequistas, continúa de este modo: «El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3,8)». Esta exhortación tan encarecida a todos los fieles, fundamental para el movimiento bíblico, corresponde a la petición de muchos Padres conciliares. Se añadió también una frase incisiva de San Jerónimo: «Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo». El Concilio recomienda por esto a todos los fieles que «acudan de buena gana al texto ... también por medio de la llamada «lectura piadosa» [hoy se suele llamar *lectio divina*, e sobre ella hablaremos más adelante]. Se añade que la lectura de la Sagrada Escritura debe ir acompañada de la oración, para que pueda realizarse el coloquio entre Dios y el ser humano; porque (y aquí se cita a San Ambrosio) «a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (San Ambrosio, *De officiis ministrorum*, I,20,88).

Se trata, pues, de una lectura que podríamos llamar «espiritual». Hecha bajo el impulso del Espíritu Santo, gracias al cual «toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñar, convencer, corregir y formar a la justicia» (2 Tim 3,16). Y una lectura que se deja guiar por aquel Espíritu de verdad que guía «a la verdad toda entera» (Jn 16,13) y que «escruta todas las cosas, incluso las profundidades de Dios» (1 Cor 2,10). Quiere ser, pues, una lectura hecha en la Iglesia, en el surco de la gran Tradición eclesial, en el cuadro de todas las verdades de fe y en comunión con los pastores de la Iglesia.

6. ¿Cuáles son las consecuencias para la animación bíblica del ejercicio pastoral, sobre todo en lo que se refiere a la *lectio divina* de los fieles?

En mi experiencia de obispo en Milán durante más de veinte años he podido ver concretamente los frutos de esa oración hecha a partir de la Escritura, sobre todo en muchísimos jóvenes y en tantos adultos que han encontrado en esta familiaridad con la Biblia la capacidad de orientar su vida según la voluntad de Dios también en la gran ciudad moderna y en un ambiente secularizado.

Muchos fieles comprometidos y muchos sacerdotes han encontrado en la lectura orante de la Escritura la manera para asegurarse la unidad de vida en una existencia a menudo fragmentada y lacerada por mil diversas exigencias, en la que era esencial encontrar un punto sólido de referencia. El diseño de Dios que las Escrituras nos presentan, que tiene su culminación en Jesucristo, nos permite unificar nuestra vida en el marco del plan de salvación.

La familiaridad orante con la Biblia nos ayuda, además, a afrontar uno de los retos más grandes de nuestro tiempo, que es el de vivir juntos como personas diferentes no sólo en la etnia sino también en la cultura, sin destruirnos mutuamente y también sin ignorarnos, respetándonos y estimulándonos recíprocamente para una mayor autenticidad de vida.

Esto vale también para cualquier camino ecuménico y también para la relación entre las grandes religiones, que no debe llevar ni a conflictos ni a barreras, sino que más bien debe estimular a hombres y mujeres sinceramente religiosos a comprender los tesoros de los demás y a hacer comprender los propios, invitando a las personas a ser más veraces y transparentes ante Dios y sus llamadas.

Si me preguntan por las raíces de esta experiencia, las encuentro principalmente en el hecho que ante la Palabra por medio de la cual «todo se hizo» (Jn 1,3) y en la cual hemos «sido reengendrados de un germen



no incorruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente» (1 Pe 1,23), nosotros nos reconocemos en nuestro origen común, dignidad, fraternidad fundamental, más allá de todas las divisiones ulteriores.

Evidentemente los modos concretos para la animación bíblica de la pastoral son muchos. Se trata de dejar espacio a la energía creativa de los pastores y los fieles. Yo podría mencionar muchas de estas experiencias, como las semanas de meditación vespertina en la catedral o en las parroquias sobre un personaje o un libro bíblico; las catequesis en la radio o televisión que tenían una audiencia en la diócesis de miles y miles de personas. Incluso en la llamada «Cátedra de los no creyentes», con la que se encontraban las personas con inquietud religiosa, su punto de referencia era un texto de la Sagrada Escritura.

Aquí quisiera mencionar en modo particular las experiencias de auténtica *lectio divina*. La *lectio divina* está en cierto modo en la base de todo y constituye el método de fondo para toda la animación sucesiva. El Concilio recomienda la *lectio divina* a todos los fieles. Se trata obviamente de una experiencia espiritual y meditativa y no propiamente exegética. Consiste en ponerse ante el texto con una explicación sencilla, que sepa captar los puntos fundamentales y su mensaje permanente y que sea capaz de interpelar a la persona que lo lee y medita, y de estimularla a orar a partir del texto que tiene delante. De hecho la Biblia hay que considerarla no solamente en cuanto a sus contenidos y afirmaciones, como un texto que dice algo a alguien, sino también como Alguien que habla a quien lee y suscita en él/ella un diálogo de fe y esperanza, arrepentimiento, intercesión, ofrecimiento de sí mismo ... Esa era la *lectio divina* tradicional en el primer milenio de la era cristiana, aquella que prevalecía en las homilias bíblicas de los Padres de la Iglesia (pienso en las explicaciones bíblicas de San Ambrosio de Milán o en las de San Agustín de Hipona): una lectura finalizada a un encuentro con el Autor de la Palabra, una lectura capaz de plasmar y orientar la existencia.

Personalmente siempre me he esforzado para hacer practicar, también a los fieles más sencillos, este tipo de lectura de la Biblia sin excesivas complicaciones de método. Por eso, he promovido en la catedral de Milán las escuelas de la Palabra que han enseñado a miles de jóvenes un modo de acercarse simple y orante al texto sagrado. Existen, de hecho, muchas maneras de hacer la *lectio*, pero personalmente estoy convencido que sobre todo hay que enseñar a la gente un método sencillo y que se pueda retener con la memoria. Yo lo expreso con la tríada: *lectio, meditatio, contemplatio*.

Por *lectio* entiendo la lectura del texto que se tiene

delante (mejor si es el de la liturgia del día), intentando captar las pausas (la estructura), las palabras clave, los personajes, las acciones y sus calificaciones, colocándolo en el contexto del libro bíblico al que el texto pertenece y en el contexto, sea de toda la Escritura, sea de la época actual (nosotros leemos este texto «hoy»). Este momento a menudo pasa inadvertido, porque se tiene la impresión de conocer el texto y de quizás haberlo leído y escuchado muchas veces. Pero el texto hay que leerlo cada vez como si fuera la primera vez y, si se analiza en manera simple, revelará aspectos que hasta ahora estaban escondidos o implícitos. Se trata en sustancia de responder a la pregunta: ¿Qué dice este texto?

Por *meditatio* entiendo la reflexión sobre los mensajes del texto, sobre los valores permanentes que nos transmite, sobre las coordenadas del actuar divino que nos da a conocer. Se trata de responder a la pregunta: ¿Qué nos dice este texto? ¿Cuáles son los mensajes y valores que nos comunica?

Por *contemplatio* u *oratio* entiendo el momento más personal de la *lectio divina*, aquél en el cual yo entro en diálogo con Aquél que me habla a través de este texto y a través de toda la Escritura. De esta descripción me parece evidente que este ejercicio de lectura bíblica conduce a todos hacia aquella Palabra en la que reencontramos nuestra unidad y al mismo tiempo enardece los corazones análogamente a lo que les ocurría a los dos discípulos en el camino hacia Emaús: «¿No nos ardía el corazón mientras conversaba con nosotros en el camino, cuando nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32).

En esta línea del ardor del corazón concentrado en la Palabra es posible esperar una renovación de la Iglesia más allá de cuanto no puedan conseguir discusiones y consultas. Esperamos, pues, que se lleve a la práctica como método pastoral en todas las comunidades cristianas y por todos los fieles lo que ha propuesto el Concilio Vaticano II en la *Dei Verbum*: que este modo de meditar y orar a partir de la Escritura se convierta en un ejercicio común para todos los cristianos, también porque constituye un antídoto eficaz contra el ateísmo práctico de nuestra sociedad sobre todo en Occidente y un fermento de comunión también en relación con las grandes religiones del Este de nuestro planeta. Tal insistencia de la Iglesia en la *lectio divina* ha continuado también después del Concilio. A la *Dei Verbum*, de hecho, han seguido diversos documentos oficiales importantes que han subrayado y profundizado algunos aspectos de la Constitución. Recuerdo algunos: en cuanto a la interpretación de la Escritura (cf. Capítulo III de la Constitución) hemos de citar el documento de la Pontificia Comisión Bíblica con el título *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* del 1993. Para la relación



entre los dos Testamentos (cf. Capítulo tercero y cuarto) el documento de la misma Comisión Bíblica *El pueblo hebreo y sus Sagradas Escrituras en la Biblia cristiana* del 2001.

Mucho se ha insistido para que la Sagrada Escritura ocupe el lugar central que le corresponde en la vida de la Iglesia. En este contexto se multiplican las exhortaciones a la *lectio divina*. La instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica del 1993 hablaba de la *lectio* como de una oración que nace de la lectura de la Biblia bajo la acción del Espíritu Santo. En el documento programático para el tercer milenio *Novo Millennio Ineunte* el Papa subraya la necesidad (n. 39) de «que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite captar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y plasma la existencia». Habría que añadir el documento de la Congregación para la Vida Consagrada (*Volver a empezar desde Cristo*) y otros análogos de las diversas Congregaciones Romanas y los documentos de las Conferencias Episcopales de varios países (por ejemplo la C.E.I. in Italia). Se puede ver, pues, como también a nivel oficial los signos lanzados en el terreno de la Iglesia por la *Dei Verbum* han seguido dando frutos.

También hay que recordar aquellos aspectos que han sido profundizados por los teólogos y exegetas. Recuerdo en particular el tema de la relación entre revelación como comunicación divina y Escritura. A este propósito, así se expresa un teólogo en un escrito reciente: «La impresión de una cierta abstracción que puede resultar hoy de una lectura integral de la *Dei Verbum* ... deriva del hecho que el capítulo VI sobre *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia* no estructura a fondo el conjunto de la Constitución y ni siquiera el concepto de revelación. Y, sin embargo, es precisamente en este capítulo que se consigue el objetivo pastoral, establecido por Juan XXIII como programa al Concilio. Aquí encontramos uno de los principales problemas de la recepción conciliar que debe tener en cuenta el hecho de que este principio no se ha mantenido por completo en todos los documentos y que, a causa de su promulgación tardía, algunos textos fundamentales y muy controvertidos, como la *Dei Verbum*, no han podido influenciar suficientemente la redacción de los documentos eclesiológicos adoptados en precedencia» (Christof Theobald, *Il Regno*, 2004, p. 790).

Se abren nuevos espacios de búsqueda, a cuarenta años de la *Dei Verbum*, para una profundización más orgánica de los temas evocados por este texto conciliar y sobre todo para una acción pastoral que verdaderamente haga resaltar la primacía de la Escritura en la vida cotidiana de los fieles, en las parroquias y en las comunidades. El futuro de la Constitución está,

pues, en nuestras manos, pero sobre todo en las manos de aquel Espíritu que, habiendo guiado a los Padres conciliares en un terreno delicado y difícil, nos guiará también hoy y mañana para que nos alimentemos de la Palabra y así podamos conformar nuestra vida con ella.

(Trad.: N. Calduch-Benages)

□



La Federación Bíblica Católica (FEBIC) es una asociación mundial de organizaciones católicas que se saben comprometidas al servicio de la Palabra de Dios. (Hoy por hoy, la organización cuenta en total con 92 miembros plenos y 231 miembros asociados de 127 países).

El servicio de estas organizaciones consiste en impulsar traducciones católicas e interconfesionales de la Biblia, en difundir Biblias y en prestar ayuda para una mejor comprensión de la Sagrada Escritura.

La FEBIC promueve las actividades bíblico-pastorales de estas organizaciones, posibilita un intercambio de experiencias a nivel mundial, busca modos de fomentar una experiencia gozosa de la Palabra de Dios entre los creyentes de todo el mundo. Procura cooperar con los representantes de los especialistas bíblicos y de las sociedades bíblicas de las distintas confesiones.

La FEBIC se empeña en promover, de modo especial, una lectura de la Biblia que se mira en la realidad cotidiana y en capacitar a muchos servidores y servidoras de la Palabra a realizar una tal lectura de la Biblia de cara a la vida.

Al comienzo del tercer milenio la Sagrada Escritura debe ser considerada como el gran libro de texto para la humanidad. Especialmente en tiempos como estos la lectura de la Biblia no sólo ayuda a la comunidad cristiana a crecer en la fe y el amor, sino que puede y debe también ofrecer a todo el mundo esas palabras de fraternidad y de sabiduría humana que desesperadamente necesita. Este es el gran reto que la Federación Bíblica Católica se ha impuesto.

« La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la Palabra del mismo Dios; y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo. Por tanto, toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura. »

Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación, Dei Verbum, 21



La Constitución Dogmática *Dei Verbum*, de cuya elaboración fui testigo, participando personalmente como joven teólogo en las vivas discusiones que la acompañaron, inicia con una frase de profundo significado: «*Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans, Sacrosanta Synodus ...*».

Son palabras con las que el Concilio indica un aspecto que califica la Iglesia: es una comunidad que escucha y anuncia la Palabra de Dios. La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio y es del Evangelio de donde, siempre y de manera nueva, saca orientaciones para su camino. Es una anotación que cada cristiano debe recoger y aplicar a sí mismo: sólo aquél que se pone sobre todo a la escucha de la Palabra puede luego anunciarla. De hecho, no debe anunciar una experiencia suya, sino la sabiduría de Dios que a menudo parece necesidad ante los ojos del mundo (cf. 1 Cor 1,23).

El Santo Padre Benedicto XVI a los participantes del Congreso Internacional Dei Verbum el 16 de septiembre de 2005